



Revista Transporte y Territorio

E-ISSN: 1852-7175

rtt@filo.uba.ar

Universidad de Buenos Aires
Argentina

Jouffe, Yves

LAS CLASES SOCIO-TERRITORIALES ENTRE MOVILIDAD METROPOLITANA Y REPLIEGUE
BARRIAL. ¿TIENEN LOS POBLADORES POBRES UNA MOVILIDAD URBANA DE CLASE?

Revista Transporte y Territorio, núm. 4, 2011, pp. 84-117

Universidad de Buenos Aires
Buenos Aires, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=333027082006>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

ARTÍCULO

Yves Jouffe

LAS CLASES SOCIO-TERRITORIALES ENTRE MOVILIDAD METROPOLITANA Y REPLIEGUE BARRIAL. ¿TIENEN LOS POBLADORES POBRES UNA MOVILIDAD URBANA DE CLASE?

Revista Transporte y Territorio N° 4, Universidad de Buenos Aires, 2011.



Revista Transporte y Territorio
ISSN 1852-7175
www.rtt.filo.uba.ar

[Programa Transporte y Territorio](#)
Instituto de Geografía
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires



Cómo citar este artículo:

Jouffe, Yves. Las clases socio-territoriales entre movilidad metropolitana y repliegue barrial. ¿Tienen los pobladores pobres una movilidad urbana de clase?. *Revista Transporte y Territorio N° 4, Universidad de Buenos Aires, 2011.* pp. 84-117.
<www.rtt.filo.uba.ar/RTT00406073.pdf>

Recibido: 4 de abril de 2011
Aceptado: 16 de mayo de 2011



Las clases socio-territoriales entre movilidad metropolitana y repliegue barrial. ¿Tienen los pobladores pobres una movilidad urbana de clase?

Yves Jouffe¹

RESUMEN

Los distintos alcances, modalidades y significados de los traslados cotidianos metropolitanos siguen factores numerosos y mezclados. Cuando se confrontan las movilidades cotidianas y otras relaciones del sujeto con el territorio urbano, en particular con la casa, concebida como su eje práctico y simbólico, se observan configuraciones territoriales individuales que revelan el sentido de las (in)movilidades urbanas, a la vez cotidianas y residenciales. El caso de hogares pobres arraigados en un barrio periférico de Santiago de Chile muestra distintas configuraciones entre el repliegue barrial y la movilidad metropolitana. Cada uno de estos dos polos se puede leer como el producto de cierta distribución de recursos socio-económicos, lo que remite a una oposición entre clases socio-territoriales: clase popular-barrial y clase media-metropolitana. Los pobladores con más recursos comunitarios se desplazan en su barrio cuando los habitantes con más recursos individuales se mueven a la escala metropolitana. Pero una lectura en término de ciclo de vida revela que la edad genera también el repliegue local. Las dos lecturas se complementan para describir la inclusión ambivalente de los pobladores pobres a la vez en su ciudad y en su clase social, lo que nos lleva a considerar una llamada clase *medianizada*.

ABSTRACT

The variety of ranges, modalities and meanings of metropolitan daily travels depends on numerous and combined factors. When confronting daily mobilities and other relationships between an individual and the urban territory, especially the house conceived as its practical and symbolic axis, individual territorial configurations appear and reveal the meaning of urban -both daily and residential- (in)mobilities. The case of low-income households settled in a suburban neighbourhood of Santiago, Chile, expose several configurations between the neighbourhood withdrawal and the metropolitan mobility. Each one of these two poles can be read as the product of a peculiar distribution of socio-economic resources, which refers to an opposition between social classes: lower-local class and middle-metropolitan class. The dwellers with more community resources move within their neighbourhood, whereas the ones with more individual resources travel at a metropolitan range. But a life cycle analysis reveals that age provokes the local withdrawal too. Each interpretation complements the other one and describe the ambivalent inclusion of low-income dwellers simultaneously in their city and in their class, which leads us to consider a so-called "middled" class.

Palabras Claves: Movilidad urbana; Clase social; Ciclo de vida; Pobreza; Periferia.

Palavras-chave: Mobilidade urbana, de classe social, ciclo de vida, pobreza, Periferia

Keywords: Urban mobility; Social Class; Lifecycle; Poverty; Suburb.

1. INTRODUCCIÓN

La agudización de la individualización y de la maleabilidad de las estructuras sociales que marca la evolución social hacia una sobremodernidad o posmodernidad, en particular respecto con las prácticas cotidianas, lleva varios autores a abandonar la idea de clase social que dice al contrario la rigidez y relevancia de actores colectivos estructurados (Scheiner y Holz-Rau, 2007). Los paradigmas neomarxistas de estudios de los procesos urbanos que planteaban el lugar central de la lucha de clases (Lefebvre, 1968) dejan lugar a otros derechamente enfocados en la disolución de tales clases en tribus efímeras y redes dispersas. Sin embargo, la violencia de la transformación capitalista de la ciudad (Harvey, 2008) llama a la identificación de sus desigualdades estructurales y de sus actores

¹ Instituto de la Vivienda, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile - yves.jouffe@gmail.com



colectivos, por ejemplo en términos de clases sociales. La segregación de la metrópoli, en particular latinoamericana, es decir, la existencia de poblaciones de niveles muy dispares de riqueza y su distribución en zonas homogéneas (Sabatini, Brain y Prieto, 2010), explica la vigencia del concepto de clase una vez aplicado al territorio. Los actores colectivos identificados no serían tantos grupos definidos e identificados por su lugar en el sistema productivo sino por su pertenencia a un cierto tipo de asentamiento dentro de la ciudad. El fenómeno del gueto (Salcedo, 2008) o del hipergueto (Wacquant, 2007) que podría caracterizarse como la agudización de la segregación en término de homogeneidad social hasta la creación de fronteras simbólicas y normativas alrededor de tal territorio, afirma la realidad de una fracción de clase estrictamente asociada con su territorio. El debilitamiento de la conciencia de clase obrera y la evolución de las resistencias visibles desde la fábrica hacia el barrio está destacada por los pensadores y militantes que quieren renovar la lucha de clases en una lucha por el derecho a la ciudad (Borja, 2010). No hay que olvidar que la lógica capitalista sigue constituyendo el factor esencial de las dificultades que generan resistencias problematizadas y organizadas a escala barrial (Garnier, 2010), así que la terminología marxista de la lucha de clases cobra vigencia en su reformulación territorial.

Quisiéramos entrar en este debate a través del prisma de la movilidad cotidiana². Los espacios, tiempos y modalidades de la movilidad están diferenciados en función del nivel de riqueza (Delaunay, 2007). Un vertiente esencial de esta diferenciación descansa en la segregación residencial (Avellaneda y Lazo, 2009), completada por los medios asequibles de transporte (por ejemplo tener un auto y una licencia), la localización de los potenciales lugares de trabajo (Wenglenski, 2006), así como el manejo de sus tiempos, espacios y actividades, en particular en lo que Éric Le Breton (2008) llama el “peri-trabajo”, por ejemplo elegir sus horarios, mandar otra persona buscar a su hijo a la escuela, pagar un despacho a domicilio. Todos estos factores de diferenciación dependen esencialmente del nivel de recursos económicos y de la localización residencial, por lo tanto, remiten enteramente a esta última en el marco de una ciudad altamente segregada. La movilidad cotidiana podría entonces caracterizar eficientemente las clases sociales pensadas en términos territoriales. Sin embargo, cabe preguntarse por la posibilidad, no solo de caracterizar, sino de definir la clase a partir de la movilidad, entonces considerada como un capital en el sentido marxista.

En tal intento resulta provechoso extender este capital por construir, desde la movilidad cotidiana como manera de usar el territorio colectivo hacia la manera de construir el territorio individual, en particular asociándole la movilidad residencial, es decir, el hecho de cambiar la localización de su vivienda. Más allá aún del cambio residencial, sumaremos el proyecto residencial, o sea, el conjunto de los proyectos que configuran la residencia y el territorio en que vivirán el sujeto y su hogar o comunidad. Proponemos entonces definir el capital a partir de la combinación de la movilidad cotidiana y del proyecto residencial, combinación que llamamos configuración territorial individual. Volvemos así a la doble dimensión del derecho a la ciudad, es decir, el uso y la construcción de la ciudad, por lo tanto, a la doble confrontación y reivindicación que Henri Lefebvre (1968) plantea como nuevo escenario de la lucha de clases. Esta integración conceptual, ya intentada en otro trabajo (Jouffe y Campos, 2009), trata de superar una división que trata la casa como un espacio no realmente urbano como lo es la calle, división común en los estudios urbanos y denunciada por Michel Agier (2009, p. 50) que critica por ejemplo a Isaac Joseph (1994) que define justamente como dos paradigmas opuestos el derecho a la ciudad y la ciudad en acción (“à l’oeuvre”), es decir, el hábitat y la familia contra el espacio público y la confrontación social. Pretendemos seguir a Agier en la superación de la división entre interior doméstico y exterior abusivamente considerado propiamente urbano, a través de la identificación de la construcción conjunta de la movilidad cotidiana en el espacio público y de los proyectos residenciales enfocados en la familia y la domesticidad. Esta aproximación al territorio nos permitirá una caracterización de la movilidad urbana de un grupo de pobladores de la

² El estudio detallado en este artículo fue realizado en el marco del proyecto Fondecyt Postdoctorado n° 3080068



periferia pobre de Santiago en términos de clase y la confrontaremos a otro factor determinante que sería la edad.

2. INMOVILIDAD ESPACIAL LIGADA A LA POBREZA Y AL CICLO DE VIDA

La movilidad cotidiana se puede explicar desde dos entradas: la capacidad a moverse o no moverse y el anhelo o la necesidad de moverse. La capacidad remite primero en la capacidad económica a conseguir medios de transporte y también en la capacidad física que evoluciona en particular con la edad, las personas mayores constituyendo la gran mayoría de los discapacitados, pero también los niños que están considerados, con las mujeres, como una población vulnerable que asimismo pierde capacidad de movilidad. El anhelo remite en primera aproximación a la localización de la residencia y de las actividades, en particular de los lugares de trabajo, localización que está vinculado con un análisis en términos de recursos económicos en la medida que se ejerce una competencia por ella que genera segregación. Pero el anhelo depende más aún de las actividades impuestas o elegidas, lo que sigue en particular el ciclo de vida que con el género y el ciclo del hogar (la partida o llegada de miembros) indica la suma de responsabilidad en la economía del hogar. Resulta entonces que dos grandes factores determinantes de la movilidad cotidiana son el nivel económico y la edad, y que inciden de manera contraria: la movilidad disminuye con la pobreza y con la edad una vez en la edad adulta.

2.1. La menor movilidad de los pobres

La baja movilidad cotidiana de los más pobres está comprobada por los estudios estadísticos y cualitativos, en Chile (Delaunay, 2007; Avellaneda y Lazo, 2009) como en Francia (Le Breton, 2008). Esta caracterización negativa en términos de movilidad corresponde en términos positivos a un uso más importante de los recursos locales (Coutard, Dupuy y Fol, 2002). Los hogares pobres valoran más los recursos vecinales y sobre todo familiares, la familia viviendo más cerca que para grupos sociales más acomodados (Bacqué y Fol, 2007).

2.2. La problemática de la edad: la familia cerca contra la discapacidad y la exclusión

La movilidad cotidiana evoluciona también con la edad. A título de ejemplo, tomando sólo un indicador de movilidad sin analizar otros factores sino la edad y el género, el número de desplazamientos en la encuesta origen-destino de 1991 en Santiago revela que las personas adultas tienen una movilidad más o menos estable entre los 19 y los 50 años (2,3 desplazamientos por día), menor entre 50 y 65 años (1,9), y nítidamente inferior después de los 66 años (1,1). La diferencia de género modula los niveles de movilidad a favor de una movilidad superior para los hombres sin cambiar esta tendencia asociada con la edad.

Esta limitación corresponde a la disminución de las responsabilidades domésticas con la partida de los hijos (efecto del ciclo del hogar) y a la jubilación, pero también a las dificultades fisiológicas crecientes para desplazarse (efectos del ciclo de vida). Esta disminución de la movilidad cotidiana corresponde a una valoración del entorno inmediato que se traduce en términos de movilidad residencial por un arraigo importante. Las personas de más de 65 años en el caso de la Navarra estudiado por Laínez Romero (2002) muestran en efecto una baja movilidad residencial (p. 250) y adelantan una estrategia común de envejecer en el propio entorno (p. 424). En efecto, anticipan su futuro residencial a partir de los eventos que planifican como la jubilación (p. 425), mientras son eventos imprevistos como los problemas de salud o la viudedad que pueden crear un cambio de estrategia y una ruptura residencial (p. 427). La gran mayoría de los proyectos residenciales se enfocan entonces en el entorno próximo porque es conocido, apropiado, invertido, luego signo de la autonomía buscada: "El día a día está lleno de pequeños referentes, pequeños espacios



aparentemente irrelevantes pero que cumplen importantes funciones para quienes los conocen y logran ubicarse a partir de ellos porque forman parte del espacio que ellos mismos han construido y en el que son capaces de experimentar el control sobre sus propias vidas." (p. 333)

Se observa una similitud entre el repliegue de las personas mayores y el de las personas pobres. Esta similitud indica la importancia de la proximidad para los que no tienen tantos recursos fisiológicos o económicos ni tanta exigencia o interés en invertir en desplazamientos numerosos. Esta constatación lleva a calificar estos recursos de la proximidad como un capital específico.

3. EL VALOR DE LA COMUNIDAD REPLEGADA: EL CAPITAL DE *AUTOCTONÍA*

3.1. Un capital específico

Los recursos atados a un territorio acotado fueron analizados por Jean-Noël Retière (2003) en el caso actual de Lanester, comuna obrera de la aglomeración de Lorient, pequeña ciudad porteña de Bretaña. Después de derribar el mito de una hegemonía meramente obrera, es decir, de una solidaridad de clase, evidenció la existencia de grupos de interés opuestos dentro de esta misma clase obrera local. Se distinguen entre ellos por el manejo de un recurso exclusivo, que Retière (2003) nombra "capital de *autoctonía*" (*capital d'autochtonie*) y que corresponde a un capital social que no tiene valor afuera de un cierto territorio acotado, la comuna de Lanester en este caso. Retière (2003) se refiere primero al concepto de capital de Marx en la medida que este define una relación social que diferencia los grupos locales de interés, y segundo al concepto de capital de Bourdieu debido a que es eficiente en un cierto campo, político-cultural local en este caso, como arma y objetivo ("*enjeu*") de lucha (Bulle-Schmidt, 2005). En efecto, por un lado, este capital entrega el control político y simbólico de la comuna y de sus espacios de sociabilidad, además de las ventajas económicas de una red de apoyo, y por otro lado, existen estrategias para mantener y desarrollar el capital de *autoctonía*, a través de una sociabilidad en ciertos círculos sociales exclusivos, a la vez en asociaciones e instituciones políticas y organizaciones culturales.

3.2. Un capital para algunos

El capital social local resulta muy importante tanto para el mundo obrero caracterizado por la preferencia por las relaciones locales y familiares (Retière, 2003) como para las personas mayores que necesitan las redes informales de solidaridad en particular la proximidad de lo que Laínez Romano (2002:158) llama el "capital familiar", es decir, la ayuda de la familia, efectivamente muy movilizada.

Esta constatación necesita matices. No todos movilizan este capital específico. Así pueden desarrollarlo o perderlo: la soledad de las personas mayores fue problematizada de manera notable por Elias (Heinich, 1997), y la de las personas con escasos ingresos por ejemplo por Le Breton (2008). Paugam (2005:78, citado por Juan, 2009) explicita la diversidad de situaciones incluso entre países. La sociabilidad de los pobres cesantes es menor que otros grupos sociales en Europa del Norte, mientras es mayor en Europa del Sur.

El caso de Lanester demuestra precisamente que ciertos grupos obreros logran acumular tal capital social mientras otros de situación socio-económica aparentemente similar no pueden beneficiar de ello. Más aún, la distancia social es mantenida a pesar de la proximidad espacial como Weber (1921) y Chamboredon y Lemaire (1970) lo destacaron, y como lo reveló Elias (Heinich, 1997), los esfuerzos para distinguirse aumentan con la proximidad social y espacial. En su estudio de una periferia inglesa, esta proximidad lleva un grupo de



clase baja ya “establecido” a representarse como una “aristocracia obrera”, en el sentido de personas moralmente mejores en relación con otro grupo similar pero “marginal” por su instalación más reciente, y a excluir concretamente estos “marginales” además de su estigmatización. En Lanester, el capital de *autoctonía* no es un mero capital social local, sino un capital exclusivo que se basa en la pertenencia a una aristocracia definida, esta vez no por antigüedad sino a partir de los vínculos familiares con los obreros de elite que trabajan en el arsenal de Lorient.

El capital social local no surge simplemente de la proximidad sino del cruce de una cohesión facilitada por la cercanía espacial, preexistente a una eventual exclusión y reforzada por tal exclusión colectiva, y de estrategias de exclusividad. Esta exclusividad está basada en la defensa de la distinción simbólica, más fuerte si el otro está cerca, e implementada en el cierre de círculos de “sociabilidad del anclaje”, según formula Retière (2003), donde se apropian el territorio y el poder político al mismo tiempo que se reproducen los vínculos sociales exclusivos.

El resultado de la conformación de un capital social local o de un capital de *autoctonía* se puede nombrar comunidad en un sentido más o menos restringido: una simple sociedad local, una sociedad muy integrada, o un tipo de relación social marcado por la costumbre y no el derecho positivo (Bagnasco, 2005). Por consiguiente, la movilización o abandono del capital asociado a la proximidad sería uno de los procesos que participan de la evolución entre comunidad y sociedad en los términos propuestos por Tönnies, o más bien, que participan de la recombinación de ambas modalidades de relación social. Este planteamiento del peso de la proximidad como factor de evolución social nos lleva a considerar que el territorio constituye un capital no solo cuando se integra a escala local, sino también cuando se usa en grande escala a través de una movilidad espacial amplia.

4. PARA-CAPITAL DE MOVILIDAD

La discusión sobre la naturaleza de capital de ciertos componentes del territorio o de la movilidad cotidiana implica volver a las caracterizaciones de tal concepto y determinar la posibilidad de aplicarle una dimensión propiamente espacial.

4.1. La motilidad

Los recursos de movilidad cotidiana han sido conceptualizados como capital, entonces nombrado “motilidad”, por Kaufmann, Bergman y Joye (2004). Pero esta calificación se fundamenta solo en su intercambibilidad con otros recursos, económicos, sociales, simbólicos y culturales, reconocidos como formas de capital en el sentido de Bourdieu. Además los autores justifican el uso del concepto de capital por la necesidad de destacar la interrelación entre el potencial de movilidad y las otras formas de la movilidad cotidiana. Aparte de la caracterización de la motilidad en “acceso”, “competencia” y “apropiación”, que tiene su interés y limitante, tal referencia sumaria a la noción de capital no lleva a una teoría social de la movilidad.

4.2. El para-capital de movilidad

La referencia a Bourdieu indica una primera línea de teorización. La calificación de la motilidad como capital impone determinar su doble naturaleza de arma y de objetivo de lucha, o más bien, identificar su campo de validez que es el campo social donde fuerzas sociales luchan entre ellas según cierta lógica en torno a este capital eventualmente asociado con otros capitales. El ámbito definido por la movilidad cotidiana que son las prácticas rutinarias de uso del territorio no es necesariamente susceptible de caracterizarse como campo. Primero, la modalidad de uso del territorio es una arma importante pero no



tanto para su propia acumulación sino para la de todos los otros capitales económicos, sociales y culturales en función de las condiciones específicas de acumulación que facilitan las características y los recursos de los lugares accedidos o accesibles. Y son estos capitales genéricos a partir de sus campos respectivos que permiten la acumulación y plusvalía eventual de la motilidad.

Por otra parte, la realización de ciertas actividades en tal espacio antes que en tal otro no parece a priori un objetivo muy fuerte que podría estructurar un campo relativamente autónomo, sino más bien someterse a la lógica del campo de la actividad y/o del lugar. Cobra importancia en la medida que permite un despliegue de actividades cargadas de sentido, en el marco de un proceso de producción, de consumo, u otro. Como lo veremos más abajo, las herramientas usadas para o en la movilidad, que forman una parte del “acceso” en la definición de la motilidad, permiten la diferenciación social simbólica, por lo tanto, condensan un objetivo de lucha. Pero no constituyen una arma suficiente para alimentar el proceso de su propia acumulación que pasa más bien por el despliegue de toda la motilidad.

Por consiguiente no calificaremos de capital en sí las herramientas de movilidad. En esta perspectiva, la motilidad constituye un capital de segundo orden, un capital marginal al servicio de otros capitales, que se podría nombrar un “para-capital”, es decir, un capital compuesto por los otros capitales y puesto al servicio de la acumulación de estos, no al revés, o sea, un recurso susceptible de acumulación pero no objeto de lucha por sí.

4.3. Dejar la capacidad objetiva de movilidad por la subjetiva

Sin embargo, la acumulación de la motilidad tampoco parece aplicarse a todos sus componentes tales como fueron definidos por Kaufmann, Bergman y Joye. El “acceso” se consigue y se acumula a través de los capitales económicos y sociales así como la “competencia” que hacen parte del capital cultural y de la salud que no se puede acumular de manera ilimitada pero se puede leer como un capital físico. Pero la “apropiación” tiene un estatuto epistemológico ambiguo, lo que constituye uno de los limitantes del concepto. Corresponde a dos elementos: una manera de hacer y una competencia. Se trata fundamentalmente de la realización misma de la apropiación simbólica o la manera en que se hace, lo que se aleja de la idea de potencial y más aún de recurso acumulable. Se conecta con la idea de recurso en la medida que hace de un acceso o competencia objetivo un recurso subjetivamente efectivo, es decir, utilizable o usado por el sujeto. Esta dimensión subjetiva de los recursos, esencial para la comprensión de la motilidad, se puede remitir a la transformación por el sujeto artificialmente activo del recurso objetivo en recurso subjetivo. Se puede poner en la terminología de la capacidad incorporada, es decir, de la competencia, como capacidad para apropiarse una práctica a partir de anhelos individuales y de un estatus (o capital simbólico) entendido como interpretación de sí mismo en el mundo, dos elementos que se pueden distinguir o mezclar, por ejemplo en el concepto de habitus.

Para seguir usando la terminología de los capitales, proponemos sustituir los tres elementos de la motilidad por las cuatro especies genéricas de capitales conformando el para-capital de movilidad: los capitales social y económico en vez del acceso; los capitales físico y cultural en vez de la competencia; y en vez de la apropiación, poner afuera del para-capital la voluntad y los anhelos que la fundamentan, y asociar las dimensiones objetivas y subjetivas dentro de cada capital. El capital económico o social del sujeto es por definición un recurso que él considera accesible. Asimismo un capital cultural es una competencia subjetiva, es decir, la capacidad efectiva de realizar cierto tipo de acción de cierta manera en un cierto tipo de situación, sin ninguna inhibición que la anule como el sentimiento de no tener la capacidad o el derecho de realizar la acción, capacidad solo condicionada por la voluntad reflexiva o no de realizar la acción. El hecho de sacar de la motilidad la voluntad y el proceso de apropiación tiende a estabilizar artificialmente este para-capital. Por esto



integrarnos su reconstrucción en el curso de acción en todos los capitales, lo que los hace cambiantes, en vez de aislar como en la motilidad la apropiación contingente para objetivar un acceso y una competencia más perennes.

4.4. La motilidad como objetivo de lucha, la movilidad como campo

Existe un proceso de subjetivación, que remite a otros procesos y otros dispositivos tal como la salud o la sexualidad (Jouffe y Lazo, 2010), pero se desarrolla a partir de las características de la movilidad cotidiana (Jouffe, 2011). Correspondería a un vínculo fuerte de auto-representación del sujeto con su modalidad de movilidad: por ejemplo definirse como nómada y defender esta auto-identificación en sus discursos, prácticas y representaciones. Tal proceso argumentaría por la caracterización de la movilidad cotidiana como campo, lo que es necesario para calificar a la motilidad como capital (May, 2010). Tenemos que entender en esta noción de campo el espacio social en que se ejerce la lucha por el capital específico, lo que incluye en particular la redefinición permanente de este capital, o de sus variantes buenas, malas, legítimas e ilegítimas. Este campo puede estar consolidándose pero la autonomía de sus lógicas sigue siendo objeto de especulación.

Un campo más global podría definirse incluyendo a las distintas formas de movilidades, no solo espaciales sino también sociales, profesionales, cognitivas, culturales, religiosas, hacia la idea de movilidad generalizada (Bourdin, 2005). Este campo se definiría por el capital de movilidad generalizada. La movilidad se podría distinguir de la noción descontextualizada de cambio por su referencia a un espacio, espacial o metafórico, que la define entonces como un cambio de posición, hacia una posición más valorada en la medida que la movilidad constituye un objeto de lucha, lucha por su acumulación y por su definición. Esta dimensión socialmente valorada asocia finalmente la movilidad generalizada con un espacio social, por lo tanto, reduce sus distintas modalidades a la movilidad social entendida como multidimensional luego más susceptible a redefinición. Decidimos dejar esta caracterización del campo de la movilidad para no perder la movilidad espacial en un concepto demasiado amplio. Además existen muchas críticas (Massot y Orfeuil, 2005, Bacqué y Fol, 2008) de la idea de una movilidad cotidiana valorada (Flamm y Kaufmann, 2006). Estas críticas matizan la idea nunca negada de la valoración del potencial de movilidad. Por consiguiente, incentivan la búsqueda del objetivo de lucha determinante de la movilidad cotidiana, afuera de la movilidad, sea espacial o generalizada.

5. CAPITAL TERRITORIAL

5.1. El hábitat como objetivo de lucha, la configuración territorial como campo

Una dimensión de la conciencia escalar puede orientarnos hacia una evolución del capital de movilidad. Esta conciencia, a través de la cual cada sujeto se sitúa en un estrato de la escala social, ha remplazado la conciencia de clase pensada en términos de dependencia recíproca, por lo menos en Francia, por lo tanto, constituye el revelador de un potencial capital en el sentido marxista que estructuraría relaciones sociales diferenciadas. Juan (2009) destaca los tres principales dispositivos materiales de expresión y defensa simbólica de su posición dentro de la escala social: la escuela, el hábitat y los bienes de consumo. El dispositivo del hábitat pone el acento en la morfología de la vivienda y del barrio, así como en su composición social, pero también en la existencia de buenas escuelas y de una buena calidad de vida. La accesibilidad de los recursos dentro y afuera del barrio, que es parte del para-capital de movilidad, participa de la valoración económica y simbólica del barrio, por lo tanto, hace parte del dispositivo del hábitat. De hecho, una interpretación amplia de la motilidad haría subsumir el hábitat en ella. Sin embargo, hemos considerado el para-capital de movilidad de manera más acotada, por lo que los dos conceptos se sobreponen sin que ninguno abarque al otro.



Proponemos ahora asociar los dos conceptos, es decir, extender el para-capital de movilidad asociándolo con el hábitat para que se volvería un objetivo de lucha. En efecto, el hábitat como vivienda, proximidad barrial y accesibilidad urbana es objeto de acumulación como dispositivo de materialización de su posición en la escala social. Como tal y como soporte de la vida cotidiana, el hábitat forma un objetivo de lucha que se expresa nítidamente en las numerosas luchas locales de defensa de la vivienda o del barrio, o en los discursos de habitantes cuya gran parte formula sus proyectos de vida en términos de familia, casa, y oficio.

5.2. El capital territorial

La combinación del para-capital de movilidad y el hábitat asocia entonces una arma y un objetivo, por lo tanto puede concebirse como capital. Como contiene el para-capital de movilidad, esta combinación constituye un arma para conseguirse y acumularse. Como contiene el hábitat constituye un objetivo de lucha. Por lo tanto, forma un capital que nombraremos capital territorial.

Integra primero el territorio individual, apropiado desde la vivienda, a la vez acumulación simbólicamente cargada de capitales sociales y económicos y construcción específica de códigos culturales y afectos personalmente significantes. En segundo lugar incluye el para-capital de movilidad que es la capacidad de uso del territorio colectivo y que leeremos como la capacidad de uso y construcción del territorio individual en la medida que el territorio individual se construye en su uso. Incluiremos a los recursos específicos de construcción del territorio pero precisaremos sólo en un desarrollo conceptual futuro este elemento que podríamos nombrar capital de accesibilidad.

Cabe destacar la multiplicidad de las escalas que este capital territorial abarca. Parte del cuerpo con las habilidades para moverse y las representaciones que hacen la dimensión subjetiva del para-capital de movilidad y del hábitat. Incluye a los artefactos que son las herramientas de movilidad y los bienes domésticos. Pasa por los espacios íntimos y sus equipamientos, que están apropiados de manera diferencial dentro de la vivienda. Abarca las escalas de la vivienda, el barrio y la ciudad que el sujeto se apropia. Incluso puede integrar elementos muy lejanos que completan su territorio individual.

El conjunto diverso de elementos que hacen parte del capital territorial se pueden descomponer no sólo como los acabamos de definir, sino categorizándolos como elementos de capitales genéricos. Los recursos económicos, sociales, culturales y físicos que forman el para-capital de movilidad y el hábitat se pueden leer como capitales. El capital físico se debe entender en el sentido fisiológico con la limitación que hemos señalado más arriba en cuanto a la validez del uso del concepto de capital. No confundimos estos recursos con los capitales genéricos de que toman el nombre, sino constituyen los elementos del capital territorial cuya forma respectivamente económica, social, cultural y física lo hace participar con la economía de cada uno de estos capitales más allá del ámbito territorial. En este marco, la vivienda en la medida que es el lugar de la supervivencia biológica, de la vivencia familiar y comunitaria, de la protección de los bienes, del resguardo cultural, se podría leer como el corazón de tal capital territorial en la medida que concentra las cuatro especies de capitales y todas las fuentes simbólicas. El uso de esta categorización en función de capitales más genéricos nos permitirá en particular, conectar nuestra lectura con análisis de clase más clásicos apoyados en los capitales económicos, culturales y sociales.

5.3. El hábitat como elemento específico de apropiación

Podemos notar que, a través del hábitat como dispositivo material de expresión simbólica de la posición social, volvemos a destacar la apropiación simbólica que habíamos excluido de



la motilidad definida por Kaufmann, Bergman y Joye (2004). De hecho, dado que la “apropiación” contiene o sale de todos los motivos y hábitos, intermedios y finales, de la acción, califica la motilidad en un objeto múltiple cargado de significado y en particular de valor hasta transformarlo en objetivo de lucha, por lo tanto, en capital de movilidad. Sin embargo, la generalidad de esta caracterización no permite evaluar la realidad de esta significación y transformación en objeto de lucha. Es lo que proponemos específicamente con la asociación de esta capacidad con el hábitat que sí constituye un objeto de lucha.

5.4. Un capital intercambiable

Podemos confrontar este capital a la definición marxista del capital. Esta remite a su forma pura financiera que Marx identifica, en el extracto del Capital citado por Kurz (2002), como el dinero (D) puesto en un movimiento de generación de plusvalía por acumulación ($D'=D+d$) a través de la compra-venta de mercancías (M): “D-M-D’ es entonces realmente la fórmula genérica del capital, tal como se muestra en la circulación” (citado en Kurz, 2002:89). Este movimiento se opone al trueque entre dos mercancías diferentes por la intercambiabilidad del dinero que lo reduce a una cantidad, lo que hace que el único sentido de la circulación del capital es su acumulación. El dinero constituye entonces la única forma pura de capital, generador del “sujeto automático” (ibíd.) del capitalismo que busca sólo la plusvalía, mientras sus formas cultural, social, incluso industrial, no llevan tan radicalmente a la desmedida capitalista.

En el caso del capital territorial, su intercambiabilidad es muy limitada por la significación que sufre y por la especificidad de los capitales genéricos que la componen. La modalidad que permite su intercambiabilidad total es la propiedad especulativa que entra en conflicto con su papel de dispositivo de materialización de la posición social que implica al contrario una apropiación. A pesar de esta exigencia de apropiación, la movilidad residencial demuestra cierta intercambiabilidad de los recursos alcanzados en la vivienda. En efecto, una resignificación hasta frecuente de los lugares de vida cotidiana en el marco de una importante movilidad residencial es posible como lo nota Agier (2009:76) a partir del caso de las grandes ciudades africanas.

5.5. Un capital acumulable por la movilidad residencial y la movilidad cotidiana potencial

Podemos cuestionar la intercambiabilidad del capital marxista a través de su motivo que es la posibilidad de su acumulación, que puede ser más visible. La acumulación del capital territorial es posible no solo a través de la acumulación de bienes dentro de la vivienda, sino por la movilidad residencial hacia viviendas siempre más valoradas por su tamaño y localización, y sobre todo por la movilidad cotidiana que ofrece la disposición de recursos dispersos en el territorio y permite así su acumulación virtual. En particular la movilidad cotidiana en su modalidad potencial, es decir, como accesibilidad, permite una acumulación casi ilimitada en la medida que los modos de transporte asequibles se vuelven más eficientes, como lo posibilita el uso frecuente del avión o del helicóptero. Esta importancia de la accesibilidad dentro de la noción de capital territorial da un nuevo sentido a la movilidad cotidiana efectiva. Esta constituye un objetivo de lucha en sí en general, y así se vuelve primero una práctica que hace real la accesibilidad, es decir, una práctica de actualización del capital territorial disperso.

5.6. La importancia social de la accesibilidad

El desarrollo de la “lógica del acceso” según Rifkin (citado por Ollivro, 2005) corresponde al surgimiento del capital territorial y sobre todo de su vertiente dispersa que permite su acumulación ilimitada. Es también el desarrollo de los riesgos, de la inestabilidad de las configuraciones económicas, de la precariedad de los recursos, y primero la del trabajo,



luego del lugar de trabajo, que fomenta el desarrollo de recursos potenciales, en particular, a través de la accesibilidad: uno puede perder su trabajo, luego mejora su accesibilidad al mercado de trabajo. Esta lógica que favorece el acceso está integrada tanto por instituciones como actores individuales, tanto por las instituciones dominantes que apuntan al mejoramiento de la accesibilidad de ciertos sectores sociales y espaciales como por sus oponentes que reivindican una mejor accesibilidad para todas y todos, a parte de los movimientos ecologistas que denuncian el despliegue de tal modelo consumidor de recursos y contaminante.

5.7. Herramientas de movilidad como objetivo de lucha complementario

Volviendo a los dispositivos materiales de diferenciación simbólica, cabe notar que las prácticas de movilidad cotidiana no están solo ligadas al dispositivo elegido para caracterizar el capital territorial, es decir, el hábitat, sino que están también asociadas al dispositivo de consumo de bienes, al cual sumamos el consumo de servicios. Las herramientas de movilidad poseídas o arrendadas que permiten el desplazamiento como el coche, la bicicleta o el metro incluso los zapatos, o que le agregan algún valor como un teléfono con alta tecnología, un reproductor de música o una mochila, constituyen marcadores fuertes de la posición social. En efecto, expresan a la vez el elitismo en el consumo analizado como dispositivo de diferenciación escalar, la eficiencia en el proceso de producción (en la medida que la movilidad cotidiana está integrada a este proceso), y las distintas especies de capitales genéricos que determinan las chances de vida: el capital económico si estas herramientas son lujosas, el capital cultural si necesitan el manejo de códigos específicos en particular tecnológicos, y el capital social en proporción de la extensión territorial que permiten alcanzar. Proponemos por lo tanto tomar en cuenta específicamente las herramientas de movilidad en el capital territorial como dimensión de la capacidad de movilidad que constituye un objetivo de lucha además de ser un arma, sin volverse, sin embargo, un capital en sí.

5.8. Un capital de uso y construcción del territorio

La misma postura de caracterización de clases sociales a partir de un capital diferenciador ligado a la movilidad cotidiana ha llevado Ollivro (2005) a proponer “clases móviles” desde un capital de manejo del espacio y del tiempo. Clasifica cuatro clases a partir del control de su localización residencial y el de su movilidad cotidiana. Sin embargo, la dificultad de generar estas clases solo a partir de esta pauta nos hace destacar su definición preliminar de capital. Esta remite más bien, por un lado, al manejo por el sujeto de su movilidad y temporalidad y, por otro lado, al manejo de las velocidades y temporalidades colectivas. Ollivro identifica la accesibilidad o centralidad como una tercera vertiente de este capital, pero nos parece que más bien constituye una modalidad sintética de las dos primeras dimensiones.

El interés de esta perspectiva es de subsumir la accesibilidad a la capacidad de construirla y así asemejarla a la capacidad de desplazarse. Más bien, mira de esta manera a la movilidad como una accesibilidad en acto, ambas constituyendo dimensiones plenas de una configuración de uso del territorio. Mientras la propuesta conceptual de la motilidad, más allá de su generalidad, invita a tomar en cuenta la accesibilidad para entender la movilidad cotidiana en su esencia de acción contingente, el capital de las clases móviles llama a mirar la movilidad cotidiana con fin de descifrar la accesibilidad como característica de una posición en la estructura social. Rescataremos acá de la reflexión de Ollivro la integración de la capacidad de construcción de la accesibilidad en lo que ya hemos mencionado como la capacidad de construcción y uso del territorio.

5.9. Definición del capital territorial



El capital territorial acá considerado comprende entonces el territorio individual alcanzado por el sujeto y su capacidad de movilidad que incluye en particular las herramientas de movilidad. Desde estas dos partes, el capital territorial forma una arma eficiente para conseguir dos objetivos de lucha que son dos de sus componentes, el territorio y las herramientas de movilidad. Su naturaleza de capital fue precisamente construida como conjunto relativamente heterogéneo de elementos que tenga el doble carácter de arma y objetivo de lucha. Esta forma territorial de capital nos permite cuestionar la relevancia de un concepto de clase en el mismo ámbito, otra vez partiendo de sus varias definiciones genéricas.

Cabe relevar antes de esta reflexión que pretende acercarse de un modo de análisis del capitalismo, que, de la misma manera que la existencia del capital no basta para crear al capitalismo sino que, al revés, es el espíritu del capitalismo que desencadena la acumulación luego la creación del capital, la presencia del capital territorial o del para-capital de movilidad no basta para generar su acumulación, sino el contrario: es la lógica del acceso que lleva a acumular el capital territorial. La deconstrucción del mito de los efectos estructurantes de las infraestructuras de transporte por Offner (1993) remite a esta misma primacía de la lógica del acceso por sobre la oportunidad de acceso. Por consiguiente, no nos fijaremos solo en la existencia del capital territorial sino también en la presencia de la lógica que lo vuelve un efectivo objetivo de lucha, es decir, un capital.

6. CLASES SOCIO-TERRITORIALES

6.1. Clase como rasgo, factor, conciencia o actor

La clase social se puede entender como rasgo objetivo de la estructura social, factor de la evolución de esta estructura, conciencia subjetiva, y fuerza o actor de transformación social (Wright, 2005). La problemática que anima nuestra reflexión asume como finalidad la búsqueda normativa de los estados de dominación y explotación de ciertos sujetos y grupos por otros, así como las posibilidades de su emancipación no menos normativa. Este interés impone la identificación de las cuatro dimensiones nombradas que participan todas a la caracterización de la clase social como unidad de análisis de la emancipación: los rasgos de la estructura social, estratificada o no, se vuelvan factores que explican procesos sin que se enfrenten clases, luego la conciencia de estos rasgos transforma la clase en fuerza política que luchará para su emancipación de la opresión. La existencia de estrategias sinérgicas de distintos grupos de interés no hace de ellos una clase para sí pero sí autoriza un análisis de clase a la manera de Lefebvre en *El derecho a la ciudad* (1968), y puede además llevar a llamar, como el mismo autor lo hace, a la concienciación de tal clase en sí.

6.2. Clase y capital

Dejaremos para otro artículo la discusión de la aplicabilidad de estas dimensiones al caso de una clase definida a partir del capital territorial. Llamaremos tal clase definida por el capital territorial una clase socio-territorial. Cabe precisar las modalidades de tal asociación entre capital y clase, por ejemplo siguiendo a Bourdieu (1979) comentado por Juan (2009). Bourdieu caracteriza a un espacio social a partir de la cantidad global de capital y de la estructura misma del capital, la primacía del capital económico o del capital cultural. Define así implícitamente a cuatro clases sociales: una dominante, una popular, y una clase media o pequeña burguesía separada en tradicional e intelectual. Existen entonces dos vías de caracterización de clase a partir del capital territorial: en términos de cantidad y de estructura. Las diferenciaciones de estructura se podrán hacer en función de la descomposición del capital territorial en para-capital de movilidad y hábitat, o en diversas especies de capitales genéricos.



6.3. Diversidad de acciones

En el tipo de barrio que estudiamos, destacaremos la existencia de varios tipos de acciones que se pueden traducir en términos de clase social. La descripción de este paisaje nos servirá para identificar el posible alcance de nuestro análisis de las clases socio-territoriales.

La realidad ofrece una imagen contrastada entre luchas locales y estrategias individuales dispersas. Existen varias luchas con una base territorial (Sugranyes y Mathivet, 2010). De hecho, tomaron un peso creciente en Europa, según escribe Borja (2010), hasta más peso que las luchas en los lugares de trabajo o las grandes confrontaciones de clase. De donde la afirmación del desplazamiento de la conflictividad social del trabajo hacia el territorio. Sin embargo, las movilizaciones locales no están generalizadas. Incluso ciertas organizaciones, a pesar de sus reivindicaciones basadas en la vivienda y la ciudad, siguen dispersas en el territorio urbano aparte de su barrio de nacimiento. De hecho, aparte de territorios fundados y todavía dependiendo de la vigencia de una lucha colectiva local como el Movimiento de Pobladores en Lucha de Peñalolén (Mathivet y Pulgar, 2010), las movilizaciones no son masivas ni siquiera a escala local.

Los habitantes de un mismo barrio tienen un abanico de estrategias de supervivencia que cuentan con la movilización colectiva, por las cuales Salcedo (2010) distingue cuatro categorías de pobreza: la “pobreza organizada” de las tomas de terreno, la “pobreza asistencial-clientelista” igualmente tradicional, y dos otras que están surgiendo, la “pobreza moyenizada” que se da los valores y los objetivos de la clase media, y la “pobreza guetoizada” que desarrolla tácticas marginales e ilegales. Esta última estrategia recuerda la modalidad violenta de ocupación del territorio observada en barrios relegados franceses y reivindicada por sus jóvenes agentes (Garnier, 2010). Estos critican tanto la intervención política localizada que tiende a encerrar, como el objetivo republicano de integración socio-económica a través de una movilidad cotidiana hacia toda la metrópolis. Se ponen entonces del lado de la pobreza *guetoizada* para despreciar a la vez la acción colectiva de la pobreza organizada, la ayuda pública que la pobreza asistencial-clientelista apela y el objetivo de movilidad socio-espacial incorporado por la pobreza *moyenizada*. Se vuelven los defensores de su autonomía territorial y se consideran en una *guerra de territorio* en que sirven varias tácticas: los motines excepcionales que expulsan algunas horas el orden ajeno a costa de las destrucciones asumidas del servicio público y del auto del vecino; la violencia esporádica instrumental o gratuita basada en una discriminación territorial y de clase; o la subversión cotidiana de la circulación a escala tanto local como metropolitana por un sedentarismo en el espacio público apropiado (ibid.).

Esta configuración revela con fuerza el antagonismo de las posturas de las cuatro pobreza analizadas por Salcedo (2010) en Santiago de Chile. Esta diversidad de ideología, objetivos y estrategias impide en general la conformación de un actor colectivo y más aún de una conciencia de voluntad común. La diferenciación estratégica remite más bien a las tácticas típicas del proletariado y de los grupos característicos del lumpenproletariado marxista: lucha colectiva como el proletariado para la pobreza organizada, periodos cortos de empleo precario como la población flotante para la pobreza *moyenizada*, búsqueda de ayuda externa en el marco de una cesantía de larga duración como la población estancada o en el marco de problemas de salud y discapacidad como la población latente para la pobreza asistencial-clientelista, ilegalidad como las clases peligrosas para la pobreza *guetoizada*. La agudización de la precarización y la dominación de la ideología de la movilidad social constituirían entonces los dos motores de la disolución de la clase popular desde el proletariado hacia el lumpenproletariado y la clase media, sin conciencia de clase reivindicativa en ningún caso.

6.4. Complementariedad de la clase y la edad



A partir de una calificación en clases basadas en el capital territorial, el objetivo es articular su incidencia con los propios efectos de la edad en los cuales se mezclan el ciclo de vida y el ciclo del hogar. Los análisis de Juan (2009) donde las diferencias de ingresos son coherentes con la clase y la edad subrayan la complementariedad de los dos criterios. La mirada de Dubet (citado por Juan, 2009) a las “clases peligrosas” mezclan también con la edad las dimensiones de la clase social asociada a un territorio, para definir este grupo social que son los jóvenes de las periferias de las grandes ciudades francesas. Garnier (2010:149-156) advierte el peligro de hablar de conflicto de generaciones para no hablar de lucha de clases, destacando las contradicciones de clase que cruzan mismas generaciones en particular los jóvenes. Ahora se trata de determinar si una clase definida desde el capital territorial de manera a ser observable puede interaccionar con las lógicas propias a la edad en vez de o en combinación con las clases sociales definidas de otros modos.

7. OBJETIVOS E HIPÓTESIS

Pretendemos caracterizar las prácticas de uso y construcción del territorio de un conjunto de pobladores de escasos recursos de la periferia septentrional de Santiago de Chile con el fin de vincularlas a los distintos capitales esenciales (económicos, sociales, culturales y físicos). La configuración de estos capitales se puede leer como un capital territorial que define ciertas clases sociales, clases que nombraremos por consiguiente clases socio-territoriales. El objetivo del estudio de caso que sigue consiste entonces en la estimación de la relevancia empírica de tales clases socio-territoriales reconocidas a partir de las prácticas espaciales de los habitantes. Finalmente podremos estimarla no solo a partir de su consistencia propia sino por su eficacia explicativa como factor de estructuración social que confrontaremos con el factor de la edad.

8. METODOLOGÍA: CONFIGURACIÓN TERRITORIAL DE CLASE

8.1. El Cortijo

Los sujetos que fueron entrevistados viven en la población El Cortijo, en la comuna de Conchalí, 8 km al norte del casco histórico de Santiago. Este caso de una periferia metropolitana pobre nos permite considerar las prácticas de los que tienen dificultades cotidianas de acceso a la metrópoli, es decir, un capital territorial probablemente bajo, y así plantear nuestra pregunta respecto a la relevancia de las clases socio-territoriales en el cruce aproximativo de las clases sociales bajas y de las clases socio-territoriales igualmente bajas.

El Cortijo es el producto de una toma de terreno llevada a cabo en 1970, cuyos protagonistas siguen viviendo con sus hijos y nietos, en un barrio que juzgan seguro. Las 17 personas entrevistadas en serie y profundidad pertenecen a ocho hogares beneficiarios sitio-residentes de un programa social de reconstrucción de casa (es decir, cuya casa fue destruida y reconstruida en su sitio), en curso durante las entrevistas en 2008 y 2009. Su condición de beneficiarios indica su nivel de pobreza, que varía aproximadamente entre 50.000 y 100.000 pesos chilenos (75 a 150 euros) de ingreso mensual individual. Este programa refuerza el sentimiento de arraigo ya asociado a la historia colectiva de lucha por el lugar.

Quisimos integrar todos los miembros del hogar para reconocer la probable escala familiar de las economías individuales, economía acá tomada en el sentido largo de intercambios de bienes, servicios y signos con otras personas y con los lugares mismos. Sin embargo no hemos considerado los miembros más jóvenes sin trabajo por su supuesta baja capacidad de construcción del hogar debido a su subordinación dentro del hogar. Tres generaciones



fueron abordadas: 3 jefas de hogar ya jubiladas de 60 años; 5 trabajadores jefes de hogar y 5 dueñas de casa a veces trabajando en casas particulares, cerca de 45 años; 3 jóvenes trabajadores, y eventualmente estudiantes, de 20 a 35 años, quienes son los únicos entrevistados que no tomaron el sitio de sus actuales casas.

Fundamos nuestro análisis en una muestra que no es representativa de una categoría de individuos en particular, sino más bien ilustradora de la diversidad propia de un barrio, o de un tipo de toma de terreno. En todo caso, no permite indagar en la realidad de las clases más acomodadas o más centrales con un capital territorial a priori superior.

8.2. Observar el capital territorial

Queremos abarcar la realidad del capital territorial pero surge la dificultad de la caracterización de un potencial visible o invisible según si se realiza o no. Este problema mayor pone como pregunta la utilidad heurística de la concepción de potenciales intangibles, como en el caso de la motilidad que habría que dejar por concepciones de movilidad efectiva o accesibilidad objetivada (May, 2010). Nos queda la posibilidad de observar la parte tangible del capital territorial y las prácticas de su implementación así como las huellas de su presencia, en los discursos sobre estas prácticas espaciales hechas o no, o en otras prácticas relacionadas a estas últimas. El objetivo es observar no solo el capital y su uso sino también sus representaciones, como lo proponen Flamm y Kaufmann (2006) en el caso de la motilidad. Pero veremos ahora cómo los discursos sobre las prácticas espaciales hacen parte del uso del capital. Además decidimos no movilizar las otras prácticas relacionadas, sin especificar, dentro de este dispositivo metodológico.

Las dimensiones tangibles del capital territorial son las características materiales del hábitat incluso su accesibilidad objetiva al conjunto de recursos de la ciudad, así como las herramientas de movilidad del sujeto. Sin embargo las características del hábitat y su accesibilidad constituyen un capital solo en la medida que son apropiadas por la representación o la práctica. Las herramientas por ser bienes individuales ya apropiados podrían constituir un foco de indagación independiente de su uso o representación, sin embargo sin estar asociados a algún uso o representación, pierde su relevancia como capital eficaz. Nos limitaremos finalmente a estas dos dimensiones del uso y representación de estos elementos tangibles del capital territorial. Las prácticas de implementación del capital territorial son el uso y la construcción del territorio. El uso apunta a la movilidad cotidiana pero también a la movilización del territorio y de sus experiencias en la elaboración de relatos. La construcción remite primero a la realización de proyectos residenciales, es decir, la determinación de la localización de la casa por medio de la movilidad residencial y su consolidación junto con su entorno inmediato o lejano, pero se trata también de la (re)construcción de las representaciones del territorio por la misma movilidad cotidiana y por prácticas específicas de significación en particular prácticas discursivas. Las dos dimensiones de uso y construcción se entrelazan y dibujan dos ámbitos de observación: las prácticas hechas y dichas de movilidad cotidiana; y las prácticas hechas y dichas de proyección (movilidad y consolidación) residencial, es decir, los proyectos residenciales. Las prácticas hechas y dichas de movilidad distinguen los desplazamientos y actividades realizados de los que fueron ahorrados o son anticipados. Precisamos por otra parte que consideramos las prácticas discursivas sobre los proyectos residenciales como elemento constitutivo de la consolidación del hábitat en su dimensión intangible, es decir, como parte de los proyectos residenciales mismos, por lo tanto, las hemos nombrado prácticas dichas de proyección residencial.

8.3. Configuración territorial individual: movilidad cotidiana y proyecto residencial

Nos enfocaremos entonces en la noción de configuración territorial individual como objeto de observación. Este concepto deja la noción de acceso individual objetivo al territorio colectivo



y pasa del territorio colectivo de la ciudad al territorio particular de un sujeto. La configuración territorial individual no se preocupa de la conexión de todos los lugares y servicios de la metrópoli que cualquier individuo podría alcanzar, sino de la conexión de los lugares, servicios y personas que el sujeto ha visitado o piensa visitar, es decir, el territorio centrado en la casa y constituido por las prácticas cotidianas del pasado, presente y futuro individual. Nos interesamos entonces en la movilidad cotidiana actual y recordada, y en el proyecto residencial, es decir, la casa y su entorno imaginados que toman sentido en una historia de esperanzas, experiencias, logros y decepciones.

Las entrevistas en profundidad sobre estas dos dimensiones del territorio individual indagaron sobre los siguientes aspectos: primero en la movilidad vinculada al trabajo, a los estudios, a las compras y al cuidado de los niños, a la salud, y a las actividades sociales y recreativas que designamos abusivamente por el nombre de ocio; segundo, en la trayectoria residencial, en la evaluación subjetiva de la casa y el barrio, y en la casa soñada.

9. PRIMER ANÁLISIS: CLASES SOCIO-TERRITORIALES Y CONFIGURACIONES TÍPICAS

9.1 Movilidad metropolitana y repliegue barrial

Los diversos elementos de la movilidad cotidiana y del proyecto residencial, tales como fueron observados, se pueden ordenar bajo dos modalidades opuestas: la movilidad metropolitana y el repliegue barrial. Así, se oponen los largos desplazamientos para ir a los centros de empleos del cono nororiente de Santiago, y los trabajos precarios e informales en el barrio; las compras mensuales al supermercado y las compras diarias en los almacenes vecinales; el uso de clínicas lejanas y el consultorio cercano; el consumo distante y la entretención local.

En el dominio del proyecto residencial, los rasgos de la movilidad metropolitana y los del repliegue barrial se contraponen también: la movilidad residencial y el anhelo a la estabilidad de la casa; la valoración de los amigos difundidos en la ciudad y el cuidado de los lazos vecinales; el valor monetario de intercambio de la casa y su valor práctico y sobre todo afectivo; la familia grande que se queda concentrada en la casa y el barrio para apoyarse a sí misma, y la familia restringida que ayuda al ascenso social de los pocos hijos que se mudarán hacia un barrio mejor.

9.2. Dos configuraciones ideales-típicas

Cada habitante entrevistado no tiene sólo rasgos de una de estas dos modalidades, sino que, en la mayoría de los casos, movilidad metropolitana y repliegue barrial se combinan. Caracterizarlas no lleva a la identificación de dos grupos, sino que permite definir dos tipos ideales de configuraciones territoriales. Estos dos tipos se pueden asociar a los recursos socio-económicos de dos clases sociales ideales, que llamaremos clase popular y clase media. En efecto, las nombramos así porque se acercan suficientemente a las clases popular y media definidas por distintos autores en triparticiones clásicas de la estructura social (Juan, 2009). Lo hacemos a pesar de su naturaleza ideal (que vincularemos con tipos ideales empíricos) que hace que un sujeto real pueda pertenecer parcialmente a ambas clases. Contradecimos así el principio de una clasificación en grupos recíprocamente exclusivos y nos acercamos de la idea de atributo situacional (atributo cambiando en función de la situación) más bien compatible con una "situación de clase" weberiana redefinida como variable. Cabe destacar que se habla ahora de clase como categoría objetivada en las prácticas individuales, no como factor, ni como conciencia, ni como actor.

9.3. La clase media en la movilidad metropolitana



La clase media se define por sus recursos individuales: capital económico y saber escolar reconocido. Se trata efectivamente de los dos capitales que diferencian horizontalmente el espacio social según Bourdieu (1979) y más precisamente, dividen lo que dentro de este espacio corresponde a la clase media, entre las pequeñas burguesías tradicional e intelectual. Disponer de recursos individuales, puede desencadenar estrategias individualistas o enfocadas en el éxito social de sus herederos. La carrera por la acumulación de estos recursos, es decir, por la eficiencia individual, constituye la competencia socio-económica legítima por el ascenso social, que es la meta de los individuos de esta clase –de donde su nombre que dice su situación intermedia entre una clase de origen y otra de destino. Dentro de las estrategias que apelan al tipo de recursos que tienen, se encuentran las siguientes: la búsqueda de un trabajo formal, incluso lejano pero correspondiente a su calificación que permita un ascenso profesional; la movilidad intensa por saber usar los medios de transporte y poder gastar en ellos; la elección –desvinculada del territorio– de actividades cotidianas difundidas en la ciudad gracias a esta capacidad de movilidad; la inversión en una nueva casa en un nuevo barrio para mejorar su estatus y su accesibilidad a los lugares cotidianos anhelados; la concentración de los recursos en la formación y apoyo de un solo hijo. La configuración territorial de la clase media corresponde entonces a la movilidad metropolitana descrita más arriba tanto en la movilidad cotidiana como en el proyecto residencial.

Esta configuración corresponde exactamente a la “pobreza moyenizada” de la tipología de Salcedo (2010). Este autor se refiere a Oberti y Préteceille (2004) como los que plantearon a través de este neologismo de *moyenizado* la creciente hegemonía cultural de los sectores medios en sociedades más desarrolladas. La pobreza *moyenizada* de Salcedo corresponde a hogares pobres que se sienten de clase media: traducido en nuestra terminología, significa que, a pesar de tener pocos capitales adecuados, es decir, económicos y culturales, se encierran en su casa y desarrollan proyectos residenciales de la clase media, lo que incluye aspiraciones de ascenso social de los hijos a través de la educación.

9.4. Clase popular del repliegue

La clase popular se define por su falta de recursos individuales, teniendo sólo su fuerza física al respecto, laguna compensada por los lazos vecinales, recursos sociales de pequeño alcance distintos de los vínculos débiles que toman más importancia subiendo los estratos de ingreso (Juan, 2009:46). No se trata tampoco de un poder de influencia exclusiva, recurso social usado por ser más eficiente aún que los recursos individuales, y asociado a una fracción de la clase dominante como su capital central. Aunque estos vínculos sociales débiles permitan a un sujeto de la clase media asalariada mantener y reforzar su posición a través de su capital social y cultural -a la diferencia de la clase media independiente que más bien tiene que hacer fructificar su capital económico- (Juan, 2009: 75), consideraremos que son solo los capitales cultural y económico que caracterizan la clase media. Haremos esta reducción con fin de distinguir los rasgos asociados a las prácticas específicamente vinculadas a estos capitales. El análisis de Garnier (2010) apoya esta elección conceptual dado que logra caracterizar este segmento de clase media asalariada según prácticas y estrategias de poder determinadas por su capital escolar. De donde su apelación de pequeña burguesía intelectual.

La clase popular no puede pretender entrar en la competencia socio-económica de la clase media, por lo tanto, aspira a tener una calidad de vida digna, es decir, buena en el absoluto y no mejor que los demás. Las estrategias que imponen sus recursos disponibles consisten en las siguientes: buscar un apoyo local para conseguir un trabajo informal o todo otro tipo de beneficio, como cuidar a los niños, llevar en auto, echar una mano, proteger de los delincuentes, prestar dinero, etc.; restringir sus lugares de actividades cotidianas al barrio para gastar tiempo en vez de dinero en los medios de transporte; mejorar su casa en vez de



cambiar de lugar residencial para reforzar los lazos vecinales; tener varios hijos que se quedarán en la casa o el barrio y ayudarán a su familia. Finalmente, aparece la configuración del repliegue barrial como la de la clase popular.

Esta clase no corresponde a una categoría particular de Salcedo (2010), sino a tres. Se trata primero de la “pobreza organizada” localmente, solo en la medida que trabaja a proximidad del barrio. Nuestra clase popular integra también a las “pobrezas asistencial-clientelista” y “guetoizada”, ligadas a los recursos políticos (por ejemplo los comités de vivienda que le permitieron reconstruir su casa) o informales de su barrio.

9.5. Dos tipos de capital territorial

Surge el vínculo entre las dos configuraciones territoriales individuales ideal-típicas y las dos clases ideales construidas a partir de capitales esenciales, respectivamente los capitales social vecinal y físico, y los capitales económico y cultural. Esto nos dice que las prácticas caracterizadas en cada configuración territorial individual devela la existencia de un capital territorial que se puede asociar con la combinación correspondiente de capitales esenciales. Define dos modalidades de capitales territoriales, cada una asociada a una clase y una configuración territorial individual, que nombramos capital metropolitano y capital barrial. El primero se refiere a la metrópoli como territorio del mercado extendido y de la competencia social, fenómeno socio-espacial analizado desde Simmel (1903). El segundo remite al barrio como territorio de apoyo vecinal y de defensa de la calidad de vida. El barrio constituye efectivamente el espacio físico asociado con una comunidad local cuando ésta existe, según el enfoque sistémico del “hábitat residencial” comprobado en poblaciones santiaguinas (Sepúlveda, 1992).

9.6. Capital metropolitano

El capital metropolitano define entonces primero una capacidad elevada de desplazarse a la escala de la ciudad gracias a medios motorizados de transporte que dan cuenta de una capacidad económica eventualmente plasmada en un vehículo motorizado y una capacidad cultural para navegar en ellos. Hasta la discapacidad física no impide tal movilidad equipada. Sin embargo, este para-capital de movilidad no permite andar en bicicleta o caminar en barrios desconocidos. En segundo lugar indica un capital social disperso en la ciudad que no justifica un arraigo en el barrio ni una movilidad cotidiana que alimenta tal capital, lo que fomenta la movilidad residencial elegida que permiten los recursos económicos a disposición, al revés de una movilidad residencial nula o impuesta por el estado a través de sus subsidios. Desvinculado de una comunidad cercana, la meta de los miembros de la familia se enfoca en ellos mismos más que en su lugar residencial. Este sirve entonces como patrimonio que intercambiar por una vida mejor en otro barrio mítico. No sirve tanto como lugar de construcción progresiva de una vida digna. En efecto, esta construcción sería necesariamente a la escala colectiva del barrio, por lo tanto, en contra del repliegue familiar.

9.7. Capital barrial

El capital barrial indica al contrario una capacidad de movilidad limitada a lo que permite el capital físico, la escasez de recursos económicos imponiendo modos de transporte ahorradores como la caminata o la bicicleta. El capital social vecinal sí abre el uso de los espacios públicos a tales usos, haciéndolos más seguros. Y recíprocamente, la movilidad cotidiana en el barrio, es decir, las actividades diarias con los vecinos consolidan tal capital social. Pero las distancias mayores se vuelven obstáculos por falta de recursos económicos o culturales. Por ejemplo, el pasaje de microbús es demasiado caro, sin mencionar la posesión improbable de un auto; o el metro se vuelve un laberinto de códigos ocultos para los que no tienen la tarjeta correcta o el mapa adecuado. Los sujetos que tienen el capital cultural del capital barrial sí tienen un capital cultural pero le sirve solo para vincularse con



sus vecinos y pares. No le sirve en los grandes sistemas técnico-económicos de la metrópoli que exigen un capital cultural específico que corresponde al capital cultural institucionalizado en títulos escolares que Bourdieu utilizó para diferenciar los grupos sociales. Frente a tal escasez, el capital social vecinal ofrece sin embargo recursos económicos complementarios a los que se encuentran inalcanzables en la metrópoli, por lo tanto, se valora particularmente. Y permite desarrollar el proyecto de construcción, con los vecinos, de una buena vida en el barrio. Este proyecto residencial compensa la imposibilidad de estrategias basadas en recursos económicos propios al hogar, que faltan. En particular, la dificultad económica de cambiarse en buenas condiciones hacia un barrio elegido y la previsible desagregación del capital social existente que tal cambio generaría favorece la estrategia del arraigo al barrio.

9.8. Clases socio-territoriales a partir del proyecto residencial

Cada modalidad del capital territorial está compuesta por una capacidad de movilidad cotidiana constituida por una cierta pareja de capitales (capitales económico y cultural o capitales físico y social vecinal) y por un proyecto residencial caracterizado por la localización del capital social y por los recursos económicos. Las dos capacidades de movilidad se pueden complementar pero los proyectos residenciales son solo sustituibles. Por lo tanto proponemos definir clases socio-territoriales a partir de estos proyectos con fin de obtener clases recíprocamente exclusivas.

9.9. Coherencia con la movilidad cotidiana

Complementaremos la caracterización de tales clases por la capacidad de movilidad. Esta tiene que ser coherente con los capitales socio-económicos subyacentes a los proyectos residenciales. Esto cobra relevancia mayor en la medida que las prácticas de movilidad determinan la modalidad de acumulación de los capitales, por lo tanto, determinan los capitales más susceptibles de acumulación. La movilidad a escala metropolitana no implica no tener capital físico o social vecinal, pero no permite cuidarlos. Asimismo moverse a escala barrial se puede hacer teniendo los capitales económico y cultural suficientes para una movilidad a escala metropolitana, pero puede generar un desaprendizaje de los códigos específicos de esta otra movilidad así como una devaluación del capital cultural y económico no invertido en el sistema productivo disperso de la metrópoli de la manera más eficiente, es decir, en un lugar supuestamente lejos de la casa. Cada escala de movilidad cotidiana fomenta su modalidad de capital territorial específico y degrada la modalidad complementaria. Esto justifica de asociar el para-capital de movilidad al proyecto residencial en el capital territorial para definir una clase socio-territorial. Para fijar tal caracterización, proponemos volver a nombrar las dos clases socio-territoriales: popular-barrial y media-metropolitana.

Las configuraciones territoriales individuales no corresponden todas a una de las dos configuraciones típicas, por lo tanto, no entran en las clases socio-territoriales acá nombradas. Articulan más bien elementos de ambos ideales. Vamos a indagar en su articulación para interpretar las tensiones que las determinan y concluir en la relevancia de esta calificación en clases socio-territoriales.

10. SEGUNDO ANÁLISIS: TENSIONES VARIADAS ENTRE LAS CONFIGURACIONES POPULAR-BARRIAL Y MEDIA-METROPOLITANA

10.1. Seis dominios claves

Los rasgos asociados a tal o cual dominio de la movilidad cotidiana o del proyecto residencial están más o menos diferenciados. Permiten en mayor o menor medida la



discriminación de las configuraciones territoriales, es decir, la separación entre rasgos propios a la movilidad metropolitana y otros rasgos propios al repliegue barrial. Vamos a fundar nuestro análisis en los seis dominios que facilitan en mejor forma esta discriminación. Se trata del arraigo, la integración, la aspiración, el trabajo, el transporte y el ocio. Cada dominio está asociado a un rasgo de movilidad metropolitana y un rasgo de repliegue barrial (ver cuadro 1). No son opuestos estrictos, dado que es posible tener los dos rasgos o ninguno. Queremos ver en qué medida se excluyen en la realidad empírica y configuran proyectos y para-capital de movilidad asociados a las clases socio-territoriales que hemos definido. Combinaciones mixtas de rasgos están susceptibles de definir otras clases o fracciones de clase.

Por ejemplo, el arraigo remite al lazo afectivo con el lugar, para la clase popular-barrial, y a la capacidad a cambiar de casa y barrio, para la clase media-metropolitana. La integración apunta a los lazos vecinales en el barrio y amistosos en la metrópoli. Los rasgos asociados a la aspiración corresponden a las estrategias familiares, desde el punto de vista de los padres o del hijo: varios hijos que se quedarán o un hijo que surgirá. Mientras todos estos rasgos son positivos, los dos rasgos vinculados al trabajo son más bien negativos porque el trabajo es generalmente sinónimo de explotación y cansancio, incluso con el traslado diario, y sólo marginalmente fuente de realización personal y reconocimiento social. Se oponen el trabajo informal local y el trabajo calificado lejano. El transporte, a la vez capacidad y esfuerzo, tiene una valoración variable, sea el goce de la caminata y la bicicleta, o la libertad de los autobuses y autos. Finalmente, en el ocio, siempre positivo, las actividades locales, en particular el cuidado de sí y de los vecinos, se oponen al consumo distante.

Tabla 1. Rasgos del repliegue barrial y de la movilidad metropolitana

	Clase popular-barrial	Clase media-metropolitana
Arraigo	Lazo afectivo con el lugar	Capacidad de cambiar de casa
Integración	Lazos vecinales	Lazos amistosos difundidos
Aspiración	Quedarse en el barrio	Surgir socialmente
Trabajo	Trabajo informal local	Trabajo calificado distante
Transporte	Caminata y bicicleta	Autobús, metro, auto
Ocio	Cuidarse y ayudar a los vecinos	Consumo distante

Fuente: Elaboración propia

Por el margen de maniobra que deja al sujeto, el ocio merece una atención especial en la medida que revela el uso de un territorio específico más nítidamente que las actividades constreñidas que son las compras o el cuidado de la salud. Ahora vamos a enumerar las configuraciones territoriales observadas desde la combinación de estos rasgos.

10.2. La persona popular-barrial

Karen (65 [años, edad aproximada por anonimato]), Iris (45) y Valentín (45) son del tipo popular-barrial en todos los dominios. Cabe destacar que los dos últimos fueron muy móviles para ir a trabajar durante décadas antes de cansarse, incluso enfermarse.

Valentín: “de aquí me iba en una micro, me bajaba en Mapocho y de ahí tomaba otra y me bajaba en la plaza de armas y de ahí de la plaza de armas me tomaba otra, así me iba en la locomoción, mucha plata me sale, mucho gasto así que no, yo no voy a trabajar para allá, así que trabajo en pololitos lo que me salga por ahí.”



Ellos experimentaron entonces la dimensión agotadora de la movilidad metropolitana y renunciaron a ella. Es difícil saber cuál era su proyecto residencial pero nunca cambiaron de casa desde su infancia, lo que sugiere que también en esa época se quedaron en un repliegue barrial a pesar de sus largos traslados. Aparece entonces que la movilidad metropolitana al trabajo exige más esfuerzos que lo que aporta.

10.3. La persona popular-barrial aspiracional

Ciertas personas, designadas como “personas populares-barriales aspiracionales”, tienen los rasgos del “popular-barrial” salvo una aspiración de ascenso social para sus hijos. Es el caso de los esposos Irma (60) y Armando (65) cuyos hijos están en la universidad o ya profesional como Carlos. Es también el caso de Estela (45) cuya hija Claudia está estudiando. Están arraigados, cuidan mucho a sus vecinos, y desarrollan una movilidad cotidiana a escala esencialmente barrial, pero las madres trabajaron –antes de volverse dueñas de casa– y los padres siguen trabajando por el éxito escolar y social de sus hijos.

Irma: “Yo mucho tiempo atrás, saque a mis hijos que estudiaran y así y todo yo trabajaba en casas particulares, haciendo aseo, planchando, hacia lo que fuera. Lejos de acá, por allá, por Las Condes, para arriba.”

El caso de Estela revela una trayectoria relevante para nuestra problemática. Su hogar se independizó de la casa de su madre, y Estela trabajó un par de años. Entonces se fue de la fábrica y de su casa arrendada y volvió a la casa materna del Cortijo como allegada al servicio cotidiano de los demás miembros del hogar. Pasó entonces de la movilidad metropolitana al repliegue barrial para evitar un trabajo agotador y quizás heredar la casa materna. Esta adaptación incluyó hasta su ocio, dado que dejó de ir a comprar al centro para “jugar a las máquinas” del barrio con sus amigas vecinas.

10.4. La persona popular-barrial encerrada

Otra variante es la persona “popular-barrial encerrada”, que no cuida a los lazos sociales pero sí está arraigada a la casa que es su gran logro. Se trata de un falso “popular-barrial” en el sentido que descuida al recurso esencial de la clase popular-barrial, el lazo vecinal. Hecho que se combina con su aspiración a la configuración media-metropolitana, es decir, al surgimiento personal o filial o al consumo distante. Es el caso de José (60) y su mujer Carla (55), de Pamela (60), de Javiera (60) y de Samuel (55), respectivamente madre y esposo de Estela.

José: “El barrio me gusta aquí, no me meto con nadie, no converso con nadie. Aquí nomás encerrado en la casa. Mis cuatro paredes aquí nomás. Mis cuatro sitios digamos, mis cuatro paredes encerrados aquí. Yo no comparto con nadie. Tengo familiares ahí, tengo familiares allá. Son compadres, comadres pero nunca me junto con ellos, no. Aquí nomás esta es mi postura, aquí nada más. [...] no, es que yo no soy mucho de amistad, ahí nomás, no comparto mucho, es bien poco, más me dedico a trabajar, a nada más.”

Prefiere encerrarse en su casa o trabajar antes que cuidar a sus lazos sociales locales, que sin embargo ya lo ayudaron para desarmar su casa. Esta desvalorización de los vínculos vecinales toma sentido con la valorización de su calificación individual, reconocida a pesar de no cumplir con los requisitos escolares de su puesto de maestro. Asimismo, Pamela quiere dar a sus hijos una profesión o un grado técnico mientras Javiera y Carla valoran el consumo en el centro.

Javiera: “no salgo, no tiene gracia, porque póngale usted que voy a vitrinear y me gusta algo, pucha qué lata no poder comprarlo, entonces no voy, cuando tengo plata me gusta ir pero sin plata no. Cuando trabajaba si poh, disponía de mi plata y salía todos los meses, era



diferente, ahora no es todo... eso me tiene arañada poh, bajoneada que me llevo aquí, en la casa nomás. Iba al centro, iba a comprar, les compraba regalos a mis nietos, salía a todas partes, ahora no. Ahora no salgo a ningún lado. Iba al centro, me gustaba, vitrineaba, me gustaba algo, lo compraba o iba comprando de a poco, sobre todo para la fiesta de la pascua, del día del niño, yo iba comprando, comprando y después yo tenía para regalar. Ahora no, ahora no tengo nada, no tengo nada, así que. Eso me tiene así con la depresión también. Sí, estoy depresiva, de no tener plata, de no disponer de nada, que si yo necesito algo, no me gusta pedirle a mi hijo, porque no quiero... No, no me gusta molestarlos. Entonces todo eso, por eso yo he andado enferma con depresión, estoy con remedios.”

El consumo distante constituía una parte importante de su vida cuando iba a trabajar al centro y podía consumir, en una configuración esencialmente media-metropolitana. Como el abandono del trabajo en el caso de Estela, la jubilación generó su repliegue barrial en un modo fuertemente encerrado.

10.5. La persona media-metropolitana arraigada

El tipo “medio-metropolitano arraigado” tiene todos los rasgos eficientes más el arraigo a su casa y barrio. Es el caso de Daniel (50), que da importancia a la educación que quiere ofrecer a su hijo, porque él no la tuvo. Él va a trabajar al barrio alto, atraviesa Santiago para ir a la piscina de Maipú “para cambiar” de la de Conchalí, y no tiene muchos lazos locales. Pero además, revela su gran arraigo. Rechazaba el programa de reconstrucción de su casa para preservar la casa en que ha vivido, luchado y sufrido toda su vida. También piensa comprar la casa a su madre Graciela para salvar esta historia.

Daniel: “Si yo no lucho por este espacio que tiene historia, me compraría en otro lado y no estaría ni ahí con la historia, y no es así, yo no pienso así, como otras personas que no están ni ahí, no valoran la historia, lo que han tenido o el sacrificio.”

Esta reafirmación del arraigo se hace mientras reorienta su búsqueda de trabajo desde los trabajos lejanos y nocturnos que rechaza por indecentes –porque despiertan su úlcera– hacia trabajos informales locales y venta ilegal de música. Parece que se está preparando para un repliegue barrial, como el que Estela ya realizó. Daniel está entonces por volverse un “popular-barrial aspiracional” como ella, renunciando a la movilidad metropolitana para él, pero todavía proyectándola en su hijo único.

10.6. La persona media-metropolitana

Otras personas se acercan al tipo “medio-metropolitano arraigado” pero no hicieron el paso hacia el arraigo, y se quedan todavía en la configuración estrictamente media-metropolitana. Son Cecilia (50), la esposa de Daniel, su madre Graciela (80), y Carlos (35), hijo de Irma y Armando.

Cecilia conoce sólo una vecina que le vende productos, aspira al ascenso social de su hijo, trabaja en el lejano “barrio alto” también, atraviesa la ciudad para visitar a su familia. Pero, a diferencia de su pareja, no quiere quedarse en la casa de su suegra, y planifica buscar una casa usada en la misma comuna.

Cecilia: “Aquí mismo, dentro de la comuna, de Conchalí, en la comuna de Conchalí, aquí dentro de la comuna, a lo mejor que sea una casita así como esta. Igual. Ahí vamos a ver, a lo mejor este año dentro de una de éstas, este año vamos a tratar, porque ahora hay como más posibilidades pero uno tiene que buscar no más, hay posibilidades que da el gobierno de tener casa pero ahí vamos a ver qué sucede.”



Sin embargo, ella está seducida por un arraigo en la zona donde nació, por volver a la Región de los Lagos, al sur de Chile. Pero dice haber renunciado por el hecho de ser pobre.

Cecilia: “Eh, no de volver a vivir no pero de volver a visitar la familia sí poh. Pero volver a vivir no, no creo volver a vivir, excepto que uno tenga harta plata y vaya para allá y compre una parcela o algo así para trabajar pero yo no creo.”

Graciela, la madre de Daniel, ilustra otro tipo de persona “media-metropolitana” con arraigo frustrado, a pesar de no tener una estrategia familiar aspiracional. Jubilada, no se desplaza más hacia lugares lejanos de trabajo como lo hacía, pero sigue moviéndose mucho. En particular, frecuenta una iglesia situada a una hora y media del Cortijo tomando dos autobuses. Además, no revela ningún arraigo a su propia casa y barrio, ni un lazo con algún vecino. En cambio, sí visita de repente a su familia en su pueblo de nacimiento al límite del área urbana de Santiago. Si existiera un arraigo, surgiría más bien allá que en su barrio.

Carlos es “medio-metropolitano” como los dos otros jóvenes entrevistados, Claudia (20), hija de Estela y Samuel, y Jorge (25), hijo de José y Carla. Todos trabajan lejos, tienen amigos en la ciudad donde van a divertirse, no frecuentan a sus vecinos o sólo “lo justo y necesario” en el caso de Jorge, quieren independizarse de la casa de sus padres, “vivir y dejar vivir” como dice Jorge. Pero Carlos se distingue por parecer acercarse al arraigo. Ha experimentado la necesidad del apoyo familiar después de su divorcio y la pérdida de su casa, y se ha conformado con las actividades locales y solidarias de sus padres en un repliegue barrial de su territorio cotidiano que se suma a su movilidad metropolitana todavía vigente. Puede haber valorado esta configuración modesta que renuncia a la movilidad metropolitana en beneficio de un arraigo local y social. Este cambio de configuración se adivina en otra sustitución, cuando dice que “pretend[e] ahí buscar un lugar donde vivir, [y que] incluso estaba pensando vender el auto para poder costearlo”. Pero lo hace porque “necesit[a] [su] independencia” de hijo que ha incorporado las aspiraciones de ascenso social de sus padres, y no renuncia a la movilidad metropolitana. Incluso afirma que abandonar su auto a favor del autobús facilita sus viajes hacia zonas peligrosas. Carlos está todavía lejos del repliegue barrial.

10.7. Diversidad de configuraciones

Si bien el repliegue barrial predomina en nuestra muestra bastante pobre y de edad promedio alta, la observación de las configuraciones territoriales individuales apunta a la diversidad estructurada por dos tipos ideales asociados a las dos clases popular-barrial y media-metropolitana. Además, las combinaciones cuentan con personas populares-barriales anhelando la movilidad metropolitana, como sujetos medios-metropolitanos que anuncian un repliegue. Por consiguiente, no aparece una configuración que atraiga a todos los habitantes. Por ejemplo, todos los habitantes no están repartidos entre los que tienen una movilidad metropolitana y los que la quieren tener. Con fin de ilustrar el balance dentro de nuestra muestra, podemos precisar que hemos encontrado a 3 “populares-barriales”, 3 “populares-barriales aspiracionales”, 5 “populares-barriales encerrados”, es decir, 11 “populares-barriales” en sentido amplio dentro de los cuales 8 están seducidos por la movilidad metropolitana para ellos o sus hijos; y hemos entrevistado un “medio-metropolitano arraigado” y 5 “medios-metropolitanos” de los cuales 2 están tentados por el arraigo, es decir, 6 “medios-metropolitanos” en sentido amplio dentro de los cuales sólo 3 no muestran interés por el repliegue barrial.

11. TERCER ANÁLISIS: LAS CLASES SOCIO-TERRITORIALES Y EL CICLO DE VIDA

11.1. El efecto de la transición generacional



La tabla 2 ofrece una representación gráfica de las cinco combinaciones identificadas, en cinco líneas que pasan por las casillas de sus respectivos rasgos. Las líneas en trazos finos corresponden a rasgos que caracterizan al proyecto propio de los padres populares-barriales aspiracionales o encerrados (quedarse en el barrio) aunque hayamos considerado su aspiración para sus hijos (que estos surgen socialmente) como la característica de sus configuraciones. Este hecho devela que estas dos combinaciones intermedias corresponden a una transición generacional de la clase popular-barrial hacia la clase media-metropolitana.

Tabla 2: Cinco combinaciones de rasgos entre las dos clases ideales: popular-barrial, popular-barrial aspiracional, popular-barrial encerrado, medio-metropolitano arraigado, medio-metropolitano (de la izquierda a la derecha); los losanges indican las aspiraciones de los sujetos para ellos cuando su configuración está determinada por la aspiración por su hijo (configuración encerrada o aspiracional)

	Clase popular-barrial	Clase media-metropolitana
Arraigo	Lazo afectivo con el lugar	Capacidad de cambiar de casa
Integración	Lazos vecinales	Lazos amistosos difundidos
Aspiración	Quedarse en el barrio	Surgir socialmente
Trabajo	Trabajo informal local	Trabajo calificado distante
Transporte	Caminata y bicicleta	Autobús, metro, auto
Ocio	Cuidarse y ayudar a los vecinos	Consumo distante

Fuente: elaboración propia

11.2. Efecto del ciclo de vida

Por otra parte, el esquema en su conjunto sugiere la otra fuente de hibridación entre las configuraciones a través de su dibujo ordenado que hace que las líneas (continuas) no se cruzan. Esta regularidad indica la consistencia de la noción misma de configuración, es decir, la solidaridad de sus dos componentes que son la movilidad cotidiana y el proyecto residencial, como si uno de los dos determinara el otro o si se adaptaran juntos a la influencia de uno o varios factores determinantes. Explica al mismo tiempo la pertinencia de representar esta diversidad de configuraciones observadas por un continuo entre dos polos que son las dos clases socio-territoriales. Además, sugiere que la distribución del factor determinante dependa del tiempo, es decir, que las configuraciones posibles sean distintos estados de una misma evolución continua entre los dos polos, y que la diversidad refleje distintas posiciones dentro de un proceso evolutivo que afecte todos los sujetos a grado distinto.

En efecto, el factor que parece vincularse más a las variaciones de configuraciones es la posición en el ciclo de vida. Los otros factores potenciales no permiten reflejar esta diversidad. Los capitales económicos y culturales son bastante uniformes dentro de nuestra muestra. Aunque los dos hogares más pobres con menos integración en el mercado formal corresponden efectivamente a la clase popular-barrial y que el individuo más calificado corresponda a la clase media-metropolitana, las limitadas variaciones de estos dos capitales no se pueden asociar claramente con las de las configuraciones intermedias. En todo caso, dentro de un mismo hogar se observan configuraciones opuestas, lo que dice que, por lo menos, el capital económico disponible a través de la solidaridad dentro del hogar no es determinante de la configuración territorial individual. Por otra parte, el género generalmente asociado a una división marcada del territorio individual (Law, 1999) no está asociado tampoco a las variaciones de configuraciones de nuestra muestra. Otros factores que podrían ser asociados fuertemente a los proyectos residenciales como las cualidades de la vivienda, del vecindario y del barrio, la accesibilidad urbana, la historia e identidad del lugar



y del colectivo de sus habitantes, fueron neutralizados por la homogeneidad de la muestra. Las diferencias identificables de vecindario.

11.3. Trayectorias individuales de la clase media-metropolitana a la clase popular-barrial

El efecto del ciclo de vida aparece en las historias de vida en que varias personas populares-barriales recuerdan un pasado medio-metropolitano. Este pasado puede ser criticado como agotador e inalcanzable, como lo hace Daniel, caracterizando así su tipo medio-metropolitano arraigado. La evolución hacia el repliegue barrial parece entonces una elección asumida. Al revés, el deseo de Javiera, popular-barrial encerrada, de volver a la movilidad metropolitana de cuando trabajaba dice en particular la fuerza impositiva del ciclo de vida, en este caso, de la jubilación, que transforma la configuración territorial individual. La enumeración de todas las evoluciones individuales de configuraciones ilustra una uniforme tendencia de la movilidad hacia el repliegue, es decir, de la clase media-metropolitana hacia la clase popular-barrial. En particular, la evolución inversa hacia la movilidad metropolitana no se dio a conocer. Las evoluciones se pueden clasificar en tres tipos: siempre medio-metropolitano (3 casos), de medio-metropolitano a popular-barrial (10 casos), y siempre popular-barrial (4 casos). De manera más detallada, se obtiene la lista siguiente donde los números indican la edad aproximativa de los sujetos correspondientes:

- Siempre medio-metropolitano
 - Medio-metropolitano toda la vida: Graciela (80)
 - Todavía medio-metropolitano: Jorge (25), Claudia (20)
- De medio-metropolitano a popular-barrial:
 - Medio-metropolitano seducido por el arraigo: Cecilia (50), Carlos (35)
 - Medio-metropolitano arraigado: Daniel (50)
 - Popular-barrial aspiracional ex-medio-metropolitano: Armando (65), Irma (60), Estela (45)
 - Popular-barrial ex-medio-metropolitano: Iris (45), Valentín (45)
 - Popular-barrial encerrado ex-medio-metropolitano: Javiera (60), José (60)
- Siempre popular-barrial:
 - Popular-barrial encerrado: Pamela (60), Carla (55), Samuel (55)
 - Popular-barrial: Karen (65)

Se puede considerar a los jóvenes medios-metropolitanos como todavía al principio de la evolución hacia el repliegue barrial y dejar la señora Graciela de 80 años como un caso atípico de persona manteniendo su movilidad metropolitana. Con esta precisión, destacan dos trayectorias, excepciones siendo posibles como lo demuestra Graciela: los que nunca entraron en la movilidad media-metropolitana y los que evolucionan de ella hacia el repliegue popular-barrial. Esto dice la atracción de la clase media-metropolitana al principio de la vida adulta para la mayoría de los habitantes y el atractivo del repliegue barrial hacia el final de esa vida.

11.4. Atractivo de la clase media-metropolitana

Según las palabras de los jóvenes, la clase media-metropolitana permite o promete a la vez una emancipación de los padres a través de la construcción de un hábitat distinto y una desvinculación de su barrio, valorizada en sí en la medida que este represente la inseguridad o el estancamiento económico por lo tanto social. Las personas que nunca se conformaron con la movilidad media-metropolitana se caracterizan esencialmente por su particular pobreza, es decir, su falta de capital económico y cultural revelada por su mala inclusión en el mercado formal de trabajo, lo que dice el peso de estos capitales en el hecho de descartar esta configuración.



11.5. Repliegue barrial impuesto por el paso del tiempo

El repliegue barrial toma más relevancia con problemáticas que surgen a lo largo de la vida. El primer motivo anunciado por la gente es la salud deteriorada por la misma vida media-metropolitana, tanto la movilidad cotidiana como el trabajo formal. La movilidad cotidiana intensa a escala metropolitana agota los trabajadores, como el hecho de cruzar la ciudad entera colgando afuera del microbús lleno o el número de cambios de microbuses y de esperas largas. El trabajo formal conseguido es difícil en sí, en particular en ciertas condiciones mencionadas como la fuente de enfermedades que imposibilitan la vuelta a este tipo de trabajo y por extensión a trabajos formales distantes. Destacan el trabajo de conserje de noche que genera úlceras, y el trabajo insostenible en el frío permanente de una pescadería. Surgen también enfermedades no vinculadas directamente a la vida media-metropolitana pero igualmente generadoras de discapacidad que fomentan o imponen el repliegue popular-barrial, como una alergia de piel al sol que impide salir de la casa, o un diabeto que limita la capacidad laboral.

Al cansancio del cuerpo que se hace más agudo a lo largo de la vida, se suman eventos que perturban la configuración media-metropolitana. La jubilación elimina un motivo de desplazamiento largo y genera una bajada en los ingresos necesarios a una movilidad cotidiana intensa. Un divorcio retira el hábitat autónomo e impone una vuelta al barrio incluso a la casa de los padres. Esta vuelta puede ser una elección menos impuesta que elegida como configuración más ahorradora, para el cuerpo y el monedero, como lo hizo Estela.

11.6. Repliegue por estrategia residencial

Precisamente, el repliegue barrial no es sólo una retirada táctica que revela un fracaso en la guerra económica. Tiene sus ventajas propias y entrega recursos específicos. En particular, ofrece un acceso privilegiado a una casa propia, la de los padres, que un hijo o una hija se puede apropiar con su pareja y descendencia, antes de recibirla como herencia. La estrategia residencial tiene un peso importante en el repliegue barrial, en particular en el caso de nuestros entrevistados cuyas casas estaban en reconstrucción.

11.7. Repliegue siempre deseado, por fin posible

Otra mirada relevante sobre el repliegue hacia el barrio es su simple posibilidad, resultado de un esfuerzo continuo de construcción del hábitat adecuado, desde la casa con su familia y vecindario al lugar de trabajo decente y cercano, como lo ilustra el caso de Armando. La movilidad media-metropolitana se mantiene mientras las condiciones residenciales no están conformes con la configuración popular-barrial.

Tales trayectorias sugieren que las aspiraciones populares-barriales siempre existieron incluso durante prácticas conformes con la configuración media-metropolitana. Expresa por lo tanto la posibilidad de superposición de dos proyectos antagónicos que se concretaron en configuraciones con el despliegue de sus movilidades cotidianas respectivas: el proyecto y la configuración de la clase media-metropolitana a mediano plazo, al mismo tiempo que un proyecto popular-barrial para el largo plazo en que se concretará en configuración popular-barrial si se concreta. Esta lectura matiza la idea de pertenencia entera a una clase socio-territorial que sugiere el postulado de exclusividad de las configuraciones.

11.8. Repliegue en el ciclo de vida

De manera más general, el repliegue barrial se puede leer a la vez como el producto de una historia de vida y una posición en el ciclo de vida. La historia individual llena de traumas incorporados que incapacitan y de logros que facilitan e incentivan nuevas configuraciones.



Tal patrimonio de experiencias biográficas se puede constituir a un ritmo independiente de las etapas del ciclo de vida. La posición en tal ciclo dice la evolución de las exigencias sociales (como realizarse profesionalmente o fundar un núcleo familiar y residencial) y de los compromisos familiares (como cuidar a sus hijos o financiar su vida y educación) que siguen en particular el ciclo del hogar. Tales exigencias y compromisos corresponden a la vez a motivaciones y limitaciones de la configuración territorial individual. La posición en el ciclo de vida determina también los horizontes temporales de proyección individual que se reducen paulatinamente junto con las ambiciones. Dice finalmente el marco dinámico social, familiar y biológico de construcción de la configuración territorial. Además de la evolución del marco socio-espacial en que toma relevancia el capital territorial, la transición hacia el repliegue popular-barrial sigue entonces la acumulación de experiencias y recursos personales y la transformación del marco social, familiar y biológico en el ciclo de vida.

11.9. Doble movimiento entre las dos clases

Las configuraciones intermedias entre repliegue barrial y movilidad metropolitana se interpretan entonces de dos maneras: como tensión entre configuración popular-barrial del padre y sus aspiraciones medias-metropolitanas para sus hijos, y como evolución a lo largo de la vida de la clase media-metropolitana a la clase popular-barrial. Aparecen dos movimientos: hacia la clase media-metropolitana por el cambio de generación, y hacia la clase popular-barrial por la edad.

12. CUARTO ANÁLISIS: CLASES SOCIO-TERRITORIALES A LA ESCALA DEL HOGAR

Esta inscripción fluctuante pone en pregunta la relevancia del uso del concepto de clase, concepto que aspira a la caracterización de una estructura social suficientemente estable para poder dar sentido a regularidades individuales y leer variaciones históricas. La posibilidad de cambiar de clase, es decir, la movilidad social, no invalida el concepto de clase. Y este cambio de clase puede ser intra-generacional, es decir, a lo largo de la vida, o inter-generacional, es decir, entre padres e hijos. Pero genera un problema conceptual si se vuelve sistemático, si el modelo normal de trayectoria en la estructura social no fuera la reproducción en relación con que se analiza diversas movilizaciones, sino un ciclo único partiendo de un origen familiar en la clase popular-barrial, pasando por una integración en la clase media-metropolitana antes de volver a la clase popular-barrial.

12.1. Coherencia de configuraciones dentro del hogar

El análisis de las distintas configuraciones territoriales individuales en un mismo hogar nos puede ayudar a resolver esta dificultad. En cada hogar, las configuraciones revelan una coherencia que nos permite definir una trayectoria individual común al hogar. Indicamos a continuación los cuatro hogares donde hemos entrevistado más de un miembro e indicamos su edad entre paréntesis. Se pueden ordenar en tres tipos de trayectorias:

- Hogar medio-metropolitano seducido por el arraigo:
 - medio-metropolitano toda la vida (Graciela, 80), medio-metropolitano seducido por el arraigo (Cecilia, 50), medio-metropolitano arraigado (Daniel, 50)
- Hogar medio-metropolitano hacia popular-barrial encerrado
 - popular-barrial encerrado ex-medio-metropolitano (José, 60), popular-barrial encerrado (Carla, 55), todavía medio-metropolitano (Jorge, 25)
 - 4 miembros: popular-barrial encerrado ex-medio-metropolitano (Javiera, 60), popular-barrial encerrado (Samuel, 55), popular-barrial ex-medio-metropolitano (Estela, 45), todavía medio-metropolitano (Claudia, 20)
- Hogar medio-metropolitano hacia popular-barrial aspiracional



- 3 miembros: populares-barriales aspiracionales ex-medios-metropolitanos (Armando, 65, y Irma 60), medio-metropolitano seducido por el arraigo (Carlos, 35)
- Hogares con una sola persona entrevistada:
 - Popular-barrial aspiracional ex-medio-metropolitano: Iris (45)
 - Popular-barrial aspiracional ex-medio-metropolitano: Valentín (45)
 - Popular-barrial encerrado: Pamela (60)
 - Popular-barrial: Karen (65)

12.2. Coherencia en la pareja

La consistencia de configuraciones dentro del hogar se entiende en la medida que la construcción del hábitat se hace para el hogar en su conjunto. Esto genera la necesidad de una solidaridad dentro de la pareja responsable del hogar en términos de proyectos residenciales. Esta solidaridad existe a todo momento de su historia, por lo tanto, genera trayectorias similares. Se traduce típicamente por una división de género en las tareas, por lo tanto, en la movilidad cotidiana, más acotada para las mujeres (Law, 1999; Tobío, 2000). Sin embargo, esta diferenciación de género, aunque sí se observa en nuestro estudio, no es suficientemente marcada como para traducirse por una oposición entre los patrones de movilidad cotidiana asociados a las dos configuraciones territoriales individuales típicas. De hecho, el género tiene un amplio abanico de implicaciones en la movilidad cotidiana en que la diferencia de distancia entre residencia y trabajo no cobra una relevancia exclusiva (Jirón, 2007), lo que se explica por la generalización del trabajo productivo femenino. Cabe destacar acá la coherencia dentro de la pareja no solo en términos de proyectos residenciales sino de patrones de movilidad.

12.3. Coherencia entre padres e hijos

Otro punto destacable es la coherencia entre la trayectoria de los padres y la que inician los hijos. Así la trayectoria de Graciela puede ayudar a comprender que Daniel y Cecilia estén todavía en la movilidad media-metropolitana a la edad de 50 años mientras los otros miembros de su generación estén en el repliegue popular-barrial. La brevedad de la trayectoria de los otros hijos dificulta su caracterización. Se adivina sin embargo tendencias incipientes. Así, Jorge replica la misma postura explícitamente distante que sus padres en torno al barrio y los lazos vecinales, lo que anuncia que, si se repliega hacia un barrio, se encierra igualmente en su casa. Samuel, al revés, subraya el valor de la convivencia del vecindario para su padre y valora la idea de arraigarse en un lugar. Aunque no lo formule, estas dos declaraciones sugieren su posible cuidado de los lazos vecinales, en una modalidad no encerrada del repliegue popular-barrial, probablemente aspiracional como sus padres.

12.4. Reproducción de clase socio-territorial

Estos indicios sobre la consistencia de las configuraciones dentro de un hogar, más allá de una necesaria solidaridad de proyecto residencial entre los jefes de hogar, defienden la idea de una reproducción social, a través del hogar, de la trayectoria de configuración territorial individual. La dificultad de tener clases socio-territoriales entre las cuales la movilidad intra- e inter-generacional sea generalizada se podría entonces resolver gracias a la definición de clases socio-territoriales a partir del tipo de trayectoria de configuración territorial individual. Tales clases tendrían una consistencia a la escala del hogar y se reproducirían efectivamente. Estos hallazgos a nivel del hogar apelan una definición colectiva de la clase del hogar, y no de cada uno de sus miembros.

12.5. Tres clases socio-territoriales de hogares



En nuestro caso, tal definición por hogar nos lleva a tres clases caracterizadas por los tres tipos de tendencia ya mencionados: configuración siempre media-metropolitana (que volvemos a considerar en la medida que caracteriza ahora un hogar y no sólo un individuo), configuración siempre popular-barrial (que se vuelve poco común con solo dos hogares), evolución de la primera a la segunda (la mayoría de los hogares: 5 de los 8 estudiados). Las podemos nombrar respectivamente clase media-metropolitana, clase popular-barrial, y clase *medianizada*. La “pobreza moyenizada” de Salcedo (2010), también nombrada “medianizada” por otros autores como de Mattos *et alii* (2005), corresponde a las configuraciones medias-metropolitanas observadas en nuestra muestra. Pero usaremos el concepto de *medianizado* más bien para subrayar la contradicción entre capitales y configuración que impulsa la evolución de la configuración media-metropolitana hacia la configuración popular-barrial.

Como definición colectiva, esta noción de clase puede estar asociada a diversas caracterizaciones del hogar como su composición o las configuraciones territoriales individuales de sus miembros. Por ejemplo, la composición típica de los hogares *medianizados* que hemos constatado, es decir, padres populares-barriales y hijos medios-metropolitanos, defienden la pertinencia de esta aproximación colectiva. Corresponde además al uso estadístico de caracterización de la clase a partir de los solos atributos del o de los jefes de hogar.

12.6. Hacia clases de individuos

Sin embargo, tal definición frustra nuestro anhelo de caracterización de la diversidad típica de estos hogares y en particular la de diferenciar personas con configuraciones territoriales individuales distintas. Una solución para reflejar esta diversidad es de pasar a una definición individual o una definición mixta. La definición individual de la clase se apoya en la trayectoria de configuración del sujeto, independiente de su hogar. A su vez, esta definición pone problema en la medida que integra la movilidad social en la pertenencia de clase, en vez de dejarla como un cambio de clase. Para volver a la relevancia de un concepto de clases socio-territoriales estáticas, habría que identificar las características permanentes de los sujetos o hogares del grupo de hogares *medianizados* con fin de basar en ellas una clase *medianizada*, híbrida entre la clase popular-barrial y la clase media-metropolitana. Características que no tienen por qué existir y ser observables.

Nos quedamos entonces en la definición individual basada en la trayectoria pasada de configuración territorial individual. En este marco, los cambios de clase son posibles pero sólo de ciertas clases a ciertas otras. Por ejemplo, un sujeto nacido en una clase popular-barrial puede empezar su vida en la clase media-metropolitana. Si vuelve hacia la configuración popular-barrial, entrará en la clase *medianizada*, mientras un vecino en la misma configuración pero que siempre lo estuvo pertenecerá a la clase popular-barrial.

12.7. Una clase *medianizada*-barrial

Relevamos ahora una discordancia terminológica respecto con la noción de *medianizado*, tanto por los individuos como los jefes de hogares así clasificados. Dentro de las situaciones que hemos observado y tipificado, un sujeto de clase *medianizada* se encuentra necesariamente en una configuración popular-barrial aunque el origen de este concepto se refiera directamente a la configuración media-metropolitana. Otros términos podrían ser usados en su lugar, como “replegado” por ejemplo. Sin embargo, nos parece pertinente usar *medianizado* que refleja el vínculo biográfico y familiar con la clase media-metropolitana. En efecto, de la misma manera que la clase del padre es un elemento que modifica los efectos de la clase sobre las prácticas, hacemos la hipótesis de la importancia de las trayectorias individuales de clase. Una solución consiste en completar este término por una indicación de



la configuración territorial individual actual que es popular-barrial. Así podríamos nombrar esta clase *medianizada*-barrial.

12.8. Generalización de las clases *medianizada*-barrial y *medianizada*-metropolitana

Además, esta precisión introduce una simple modalidad terminológica para tomar en cuenta otras trayectorias de configuraciones, intermedias entre las dos clases popular-barrial y media-metropolitana. De la misma manera que un sujeto pasando de la configuración media-metropolitana a la configuración popular-barrial está asociado a la clase *medianizada*-barrial, podríamos poner un sujeto con la trayectoria inversa en la clase *medianizada*-metropolitana. Más generalmente, un sujeto que ha oscilado a lo largo de su historia de vida entre las dos configuraciones extremas, se podría asociar a la clase *medianizada*-barrial si su actual configuración es popular-barrial o a la clase *medianizada*-metropolitana si está en una configuración media-metropolitana.

12.9. Cuatro clases socio-territoriales de individuos en hogares

Finalmente, podemos conservar estas modalidades terminológicas e incluirlas a la definición colectiva de la clase, dado la relevancia empírica de la escala del hogar. Una definición mixta consistiría entonces en la combinación de la definición colectiva de clase y de la configuración territorial individual. Por ejemplo, dentro de un hogar *medianizado*, es decir, cuyos jefes han oscilado entre las dos configuraciones popular-barrial y media-metropolitana a lo largo de su vida, una persona en una configuración popular-barrial será clasificada como de clase *medianizada*-barrial, y otro miembro del mismo hogar que se encuentra en una configuración media-metropolitana será considerado como de clase *medianizada*-metropolitana.

Estas propuestas conceptuales se deben confrontar con la necesidad de limitar el número de clases para poder representar los movimientos dentro de la estructura social y los juegos de poder entre las diversas clases. Sin embargo, la integración de la trayectoria biográfica en la definición de la clase permite limitar los cambios de clase posibles luego facilita su manipulación conceptual. Sobre todo, procura trabajar directamente sobre entidades integrando el efecto de la movilidad social en una sociedad marcada por la fragmentación. Si nos fijamos como objetivo deshacer la fragmentación, parece necesario fundar tal empresa en una conceptualización social que no la niegue.

13. CONCLUSIÓN

El terreno pobre periférico estudiado muestra distintas configuraciones territoriales individuales que se ordenan entre dos polos que hemos nombrado popular-barrial y medio-metropolitano. Cada configuración articula un proyecto residencial y un patrón de movilidad cotidiana. Estos dos elementos son solidarios porque ambos se fundan en una combinación particular de capitales económico, cultural, social y físico, que nombramos capital territorial. Este corresponde a las dimensiones significativas del hábitat y en la capacidad de desplazarse. Remite en la capacidad de uso y construcción del territorio individual de vida.

Además, hemos vinculado las configuraciones observadas a procesos vitales y al hogar. Primero, hay una tendencia a la evolución de la configuración media-metropolitana hacia la popular-barrial a lo largo de la vida. Segundo, esta evolución se combina con un cambio, inverso, de configuración entre los padres y los hijos: los primeros en configuración popular-barrial y los segundos en configuración media-metropolitana. En tercer lugar, los hogares aparecen como lugar de reproducción de estas evoluciones intra- e inter-generacionales de configuración territorial individual. Por consiguiente sugerimos definir las clases socio-territoriales a partir de las evoluciones de configuraciones a lo largo de la vida del sujeto.



Proponemos finalmente dos juegos de conceptos. Se puede considerar cuatro clases: popular-barrial, media-metropolitana, *medianizada*-barrial, *medianizada*-metropolitana. *Medianizada* significa en este marco una oscilación entre las dos primeras configuraciones a lo largo de la vida. Las clases socio-territoriales se pueden definir individualmente a partir de la trayectoria de configuraciones del sujeto, o asociando la caracterización del hogar, es decir, de sus jefes, y la configuración territorial individual actual.

13.1 Corregir y extender las clases socio-territoriales en otros casos

Estas construcciones conceptuales elaboradas a partir de un único terreno acotado se ofrecen menos como fundación de un aparato teórico que como sugerencias para la exploración de un campo problemático: el funcionamiento y las dominaciones que rigen la sociedad a partir del uso y construcción diferenciados del territorio. La relevancia de estas nociones de clases socio-territoriales se tiene que buscar en su riqueza heurística, en términos de consistencia de las prácticas de sus miembros, de identificación de intereses comunes, de existencia de un cierto grado de auto-conciencia, y de posibilidad de movilización colectiva y cambio social.

Además de completar y corregir nuestros hallazgos en torno a los grupos con escasos ingresos y localización periférica, resultaría interesante aplicar un esquema similar para caracterizar las clases socio-territoriales de grupos sociales más favorecidos, social o espacialmente. Por ejemplo, los habitantes acomodados de las centralidades auto-suficientes pueden desarrollar un proyecto residencial de clase media coherente con una configuración territorial individual de escala barrial, aunque sea completada por otras movilidades espaciales intensivas en capital como viajes internacionales. Los casos de las personas discapacitadas y de los grupos movilizados en torno a un medio de transporte particular permitirían completar la clasificación acá empezada.

13.1. Posibilidades de movilización colectiva

Después de la caracterización de las distintas clases y fracciones de clase, cabe preguntarse por la disposición de cada una a asumirse como actor colectivo, por lo menos a escala local. La configuración popular-barrial fomenta supuestamente la asociación local por la defensa de la calidad de vida en el vecindario o el barrio. Se podrían incluir en estas movilizaciones locales las agrupaciones delictivas que puedan surgir de la pobreza guetoizada y la activación del aparato político local por la pobreza asistencialista-clientelista para seguir las categorías de Salcedo (2010). Por otra parte, la configuración media-metropolitana entrega capitales útiles para la acción política pero son neutralizados por las aspiraciones individualistas y por la dispersión geográfica. Una modalidad de acción específica a esta clase podría ser investigada, por ejemplo a partir de los procesos de sociabilidad difusa y de distinción desde el consumo tecnológico y cultural.

Además, la trayectoria biográfica podría determinar una diferenciación de estas posturas distintas al respecto. La clase *medianizada*-metropolitana por su experiencia popular-barrial podría ofrecer otra disposición conscientizada más abierta a la acción colectiva; o al revés, más preocupada de distinción de su pasado luego más individualista. La vuelta a los lazos vecinales podría también hacer que la clase *medianizada*-barrial sea capaz de activar lo que le queda de capital metropolitano.

El concepto especulativo de clase socio-territorial generaría entonces las categorías operativas de reactivación de los sectores subordinados y desmovilizados en la metrópoli. El debilitamiento de la lucha de las clases pensadas en torno al lugar en el proceso productivo capitalista y el surgimiento de una diversidad de luchas basadas en el territorio local llama a una reorientación del movimiento social hacia grupos definidos a partir de su inscripción territorial. La noción de configuración territorial individual, que integra prácticas propiamente



espaciales y proyectos residenciales inscritos en el funcionamiento social, articula las dimensiones social y territorial propias a estos dos tipos de luchas. Procura entonces definir una lucha de clases socio-territoriales que se podría estructurar concretamente en torno al grito ético de Henri Lefebvre por un derecho a la ciudad.

BIBLIOGRAFÍA

AGIER, Michel (2009), *Esquisses d'une anthropologie de la ville. Lieux, situations, mouvements*. Anthropologie prospective n°5, Bruxelles: Academia Bruylant, 158 p.

AUGÉ, Marc, *Non-lieux. Introduction à une anthropologie de la surmodernité*. Editions du Seuil, 1992.

AVELLANEDA, Pau y LAZO, Alejandra (2009), "Aproximación social al estudio de la movilidad cotidiana en la periferia pobre de la ciudad. Los casos de Juan Pablo II, en Lima, y de la Pintana, en Santiago de Chile", Ponencia al XV CLATPU, Buenos Aires, 31 de marzo - 3 de Abril 2009, 11 p.

BACQUÉ, Marie-Hélène y FOL, Sylvie. « L'inégalité face à la mobilité: du constat à l'injonction ». *Revue Suisse de Sociologie*, Vol.33 (1), pp. 89-104. 2007. <http://hal.archives-ouvertes.fr/halshs-00250102>

BAGNASCO, Arnaldo (2005), « Communauté », en BORLANDI M., BOUDON R., CHERKAOUI M. et VALADE B. (dir.), *Dictionnaire de la pensée sociologique*, Paris : PUF, 2005, p. 101-102.

BORJA, Jordi (2010), *La democracia en busca de la ciudad futura*, en SUGRANYES, Ana y Charlotte MATHIVET (ed.), "Ciudades para tod@s. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias", Habitat International Coalition (HIC), Santiago, Chile, p. 31-43.

BOURDIEU, Pierre (1979), *La distinction*, Editions de Minuit.

BOURDIN, Alain, (2005), "La mobilité généralisée", in Sylvain ALLEMAND, François ASCHER et Jacques LÉVY (Dir.), *Les sens du mouvement : modernité et mobilités dans les sociétés urbaines contemporaines*, Belin, 2005.

BULLE-SCHMIDT, Nathalie (2005), « Bourdieu, Pierre », en BORLANDI M., BOUDON R., CHERKAOUI M. et VALADE B. (dir.), *Dictionnaire de la pensée sociologique*, Paris : PUF, 2005, p. 72.

DE CERTEAU, Michel (1980), *L'invention du quotidien. Tome 1 : Les arts de faire*. Gallimard, Paris, 1980.

DE MATTOS, Carlos, Luis RIFFO, Gloria YÁÑEZ WARNER y Ximena SALAS (2005), *Reestructuración del mercado metropolitano de trabajo y cambios socio-territoriales en el Gran Santiago*, Informe final, proyecto Fondecyt 1040838. Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales, P. Universidad Católica de Chile, e Instituto Nacional de Estadística, Santiago, Mayo 2005.

CHAMBOREDON, Jean-Claude y LEMAIRE, Madeleine, « Proximité spatiale et distance sociale. Les grands ensembles et leur peuplement », *Revue française de sociologie*, n° XI-1, 1970, p. 3-33.

COUTARD, Olivier, Gabriel DUPUY, et Sylvie FOL, "La pauvreté périurbaine : dépendance locale ou dépendance automobile ?", *Espaces et Sociétés*, N° 108-109, 2002, pp. 155-176

DELAUNAY, Daniel (2007), "Relaciones entre pobreza, migración y movilidad: dimensiones territorial y contextual", *Notas de Población*, n°84, pp. 87-130. LC/G. 2344-P. Centro Latinoamericano y Caribeño de Demografía. Santiago, Chile: CEPAL; CELADE, 2007. http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/8/30198/lcg_2344-P_3.pdf

FLAMM, Michael y KAUFMANN, Vincent. "Operationalising the Concept of Motility: A Qualitative Study". *Mobilities*. Vol. 1, No. 2, 167–189, July 2006

GARNIER, Jean-Pierre (2010), *Une violence éminemment contemporaine. Essais sur la petite bourgeoisie intellectuelle et l'effacement des classes populaires*. Marseille: Agone. Contre-feux. 254 p.

HARVEY, David (2008), "El derecho a la ciudad", *New Left Review*, 53, noviembre-diciembre, p. 23-39. <http://www.newleftreview.es/?issue=53>

HEINICH, Nathalie (1997), *La sociologie de Norbert Elias*, Paris: La Découverte.

ILLICH, Ivan (1973), *Energía y equidad*. Paris: Seuil.



JIRÓN, Paola (2007). "Implicancias de género en las experiencias de movilidad cotidiana urbana en Santiago de Chile". *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 29 (12), 173-197.

JOSEPH, Isaac (1994), "Le droit à la ville, la ville à l'oeuvre. Deux paradigmes de la recherche", *Annales de la recherche urbaine*, 64, p. 9.

JOUFFE, Yves (2011, por publicar), «Ancrage et émancipation. Les deux systèmes de ressources symboliques de la mobilité des précaires flexibles (Apego y emancipación. Las formas identitarias como recursos de la movilidad de los precarios móviles)», en RAMADIER, Thierry y Sandrine DEPEAU (ed.), «La mobilité quotidienne en classes : les identités sociales au regard des pratiques spatiales (La movilidad cotidiana en clases: las identidades sociales en la mirada de las prácticas espaciales)», Presses Universitaires de Rennes, Rennes, Francia.

JOUFFE, Yves y LAZO Corvalán, Alejandra (2010). Las prácticas cotidianas frente a los dispositivos de la movilidad. Aproximación política a la movilidad cotidiana de las poblaciones pobres periurbanas de Santiago de Chile. *Eure*, 36 (108), 29-47. URL: <http://www.eure.cl/numero/las-practicas-cotidianas-frente-a-los-dispositivos-de-la-movilidad-aproximacion-politica-a-la-movilidad-cotidiana-de-las-poblaciones-pobres-periurbanas-de-santiago-de-chile/> Consultado el 8 de noviembre de 2010

JOUFFE, Yves; CAMPOS, Fernando (2009), "Movilidad para la emancipación o el arraigo", *CIUDADES*, 81, abril-junio de 2009, RNIU, Puebla, México, p. 29-35.

JUAN, Salvador (2009), « Stratification et mobilité sociales ; aspects dynamiques (II) », Cours de Licence 4 de sociologie 2009-2010, Université de Caen. 76 p. URL: http://salvadorjuan.free.fr/site_spip/spip.php?article51 Consulté le 10 février 2011

KAUFMANN, Vincent, BERGMAN, Manfred Max and JOYE, Dominique. 2004. "Motility: Mobility as Capital". *International Journal of Urban and Regional Research*. Volume 28.4. December 2004. pp. 745-56

KURZ, Robert (2002), *Lire Marx: Les principaux textes de Karl Marx pour le XXI^e siècle. Choisis et commentés par Robert Kurz*. Paris: La Balustrade, ISBN: 2-9518505-0-6. Edition originale: Frankfurt a/Main:Eichborn, 2000. 396 p.

LAÍNEZ ROMANO, María Teresa (2002), «Envejecimiento, familia y vivienda : estrategias y prácticas residenciales de las personas mayores en Navarra», Memoria para optar al grado de doctor, bajo la dirección del Doctor Jesús Leal Maldonado, Departamento de Sociología II, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid, 603 p.

LAW, Robin (1999), Beyond 'women and transport': towards new geographies of gender and daily mobility, *Progress in Human Geography* 23,4 (1999) p. 567-588.

LE BRETON, Éric. *Domicile-travail : Les salariés à bout de souffle*. Paris : Éditions Les Carnets de l'Info, 2008, 216 p.

LEFEBVRE, Henri. *Le Droit à la ville*. Paris: Anthropos, 1968.

LINDÓN VILLORIA, Alicia Marta (2005). "El mito de la casa propia y las formas de habitar", *Scripta Nova Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, Universidad de Barcelona. Vol. IX, núm. 194 (20), 1 de agosto de 2005.

MASSOT M.-H., ORFEUIL J.-P. (2005), "La mobilité au quotidien, entre choix individuel et production sociale", *Cahiers internationaux de sociologie*, "Mobilité et modernité", 118 (1 p.3/4), 81-100.

MATHIVET, Charlotte y PULGAR, Claudio (2010), "El Movimiento de Pobladores en Lucha, Santiago, Chile", en Sugranyes, Ana y Charlotte Mathivet (ed.), "Ciudades para tod@s. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias", Habitat International Coalition (HIC), Santiago, Chile, p. 211-222.

MATHIEU, Nicole, Annabelle MOREL-BROCHET, Nathalie BLANC, Philippe GAJEWSKI, Lucile GRÉSILLON, Florent HEBERT, Wandrille HUCY et Richard RAYMOND (2004), «Habiter le dedans et le dehors : la maison ou l'Eden rêvé et recréé», *Strates [En ligne]*, 11. URL: <http://strates.revues.org/document430.html>. Référence du 7 mai 2009.

MAY, Nicole (2010), *La motilité : questions à Vincent Kaufmann*. Texte diffusé à la plateforme internationale de recherche Territoires, mobilités et inégalités du Cluster 12 de la Région Rhône-Alpes, juin, 9 pages.



OBERTI, M. y E. PRÉTECEILLE (2004), La mixité comme objet d'étude: approches, diagnostics et enjeux, Communication au séminaire Spatial Structure and Spatial Segregation, réalisé à Sao Paolo, Rio de Janeiro et Paris, juin 2004.

OFFNER, Jean-Marc (1993). "Les "effets structurants" du transport: mythe politique, mystification scientifique". En L'Espace Géographique N° 3, p.233-242.

OLLIVRO, Jean (2005), «Les classes mobiles», in L'Information géographique, n° 3, 2005, p. 28-44.

PAUGAM, Serge (2005), Les formes élémentaires de la pauvreté, Paris: PUF.

RETIÈRE Jean-Noël (2003), Autour de l'autochtonie. Réflexions sur la notion de capital social populaire. In: Politix. Vol. 16, N° 63. Troisième trimestre 2003. p. 121-143.

SABATINI, Francisco, BRAIN, Isabel, PRIETO, José Joaquín (2010). "Vivir en Campamentos: ¿Camino hacia la vivienda formal o estrategia de localización para enfrentar la vulnerabilidad?". EURE. 2010, vol. 36, no. 109, p. 111-141. URL: <http://www.eure.cl/numero/vivir-en-campamentos-%c2%bfcamino-hacia-la-vivienda-formal-o-estrategia-de-localizacion-para-enfrentar-la-vulnerabilidad/>. Consultado el 3 de enero de 2011.

SALCEDO, Rodrigo (2010), la complejización identitaria de la pobreza urbana chilena, Propositiones (Pensar la ciudad), 37, 107-114.

SALCEDO, Rodrigo (2008). "Reflexiones en torno a los guetos urbanos: Michel de Certeau y la relación disciplina / anti-disciplina". En bifurcaciones [online]. núm. 7, año 2008. URL: <www.bifurcaciones.cl/007/DeCerteau.htm>.

SCHEINER, J. and C. HOLZ-RAU (2007). "Travel mode choice: affected by objective or subjective determinants?" Transportation 34(4): 487-511.

SEPÚLVEDA Rubén, Patricio DE LA PUENTE LAFOY, Emilio TORRES ROJAS, Clara ARDITI KARLIK y Patricia MUÑOZ SALAZAR. Enfoque sistémico y lugar: una perspectiva para el estudio de hábitat residenciales urbanos. Santiago: Instituto de la Vivienda, Universidad de Chile, 1992.

SIMMEL, Georg (1903), La metrópolis y la vida mental. En bifurcaciones [online]. núm. 4, primavera 2005. URL: <www.bifurcaciones.cl/004/reserva.htm>.

SUGRANYES, Ana y Charlotte MATHIVET (ed.) (2010), "Ciudades para tod@s. Por el derecho a la ciudad, propuestas y experiencias", Habitat International Coalition (HIC), Santiago, Chile. <http://www.hic-net.org/document.php?pid=3400>

TOBÍO, Constanza. Estructura urbana, movilidad y género en la ciudad moderna. Boletín CF+S, N°13. España 2000. <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n13/actob.html>

WACQUANT, Loïc (2007), La estigmatización territorial en la edad de la marginalidad avanzada, Ciências Sociais Unisinos, setembro-dezembro, año/vol. 43, número 003, Universidade do Vale do Rio dos Sinos São Leopoldo, Brasil, 193-199. URL: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/938/93843301.pdf> Consultado el 16 de septiembre de 2010

WEBER, Max (1921), Économie et société. t. 1, Paris : Pocket, 1995.

WENGLENSKI, Sandrine. Regards sur la mobilité au travail des classes populaires. Une exploration du cas parisien, Cahiers Scientifiques du Transport, 2006, n°49, p.103-127.

WRIGHT, Erik Olin, « Classe sociale », en Borlandi M, Boudon R., Cherkaoui M et Valade B. (dir.), Dictionnaire de la pensée sociologique, Paris : PUF, 2005, p. 95-98



Yves Jouffe (jccontre@uc.cl).

Dicta clases de sociología urbana en la Universidad de Valparaíso. Acabó dos años de investigaciones post-doctorales en el Instituto de la Vivienda (INVI) de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Este sociólogo cuenta con una maestría en ingeniería en transporte urbano de la École Nationale des Ponts et Chaussées (ENPC, París), otra en ciencias sociales aplicadas a la ciudad (ENPC y París 8), y un doctorado en sociología (ENPC) donde analizó las tácticas de movilidad cotidiana de los trabajadores precarios de París.